

97

MITRA

MAYUEL
GUTIERREZ
YAJERA

POESIAS

PQ72 97
.G8
A17
1918

CULTURA
SELECCION DE BUENOS AUTORES ANTIGUOS Y MODERNOS

DIRECTORES:

AGUSTÍN LOERA Y CHÁVEZ Y JULIO TORRES

Asegurada la propiedad literaria de la Selección

TOMO VII.

- No. 1 "REMY DE GOURMONT," traducción y prólogo de Genaro Fernández Mac-Gregor. (publicado)
- 2 "LOS TRES GRANDES LÍRICOS BELGAS (L'ÉPIQUE TEMPORÁNEOS)," traducción y estudios de José María que González Martínez. (publicado)
- 3 "LAS NOCHES FLORENTINAS" de E. Heine, traducción y prólogo de Julio Torri. (publicado)
- 4 "MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA, LÍRICO," estudio y selección de Luis G. Urbina. (publicado)
- 5 "ANATOLE FRANCE," traducción y estudio de Alfonso Cravioto.
- 6 "LA ORESTIADA" de Esquilo, traducción, prólogo y notas de Jesús Urueta.

PRECIO:

En toda la República: \$0.40 oro nacional.

En el extranjero: 0.25 oro.

Subscripciones: { Por 3 meses 2.25 o. n. sólo en la Capital
 { ,, 6 ,, 4.25 ,, ,,

Todos los pedidos y subscripciones solicítense a "Cultura." Apartado postal 4527.

AGENTES GENERALES:

Administrador: Francisco González Guerrero

PORRÚA HNOS. Esquina Reloj y Donceles

México, D. F.

La correspondencia dirijase al

APARTADO POSTAL 4527. —MÉXICO, D. F.

Circula los días 1º y 15 de cada mes.

13857
POESÍAS ESCOGIDAS

DE

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

Prólogo y selección

de

LUIS G. URBINA.

— Portada de Alfonso Garduño. —

CULTURA.

T. VII NUM. 4.

MÉXICO.

1918

30822

P07297

198

A17

1918



1020099580

1º de Abril de 1918.

TIP. MURGUIA.—Avenida 16 de Septiembre. 54

LA AGONIA DEL POETA.

... Veinticuatro años han corrido desde aquella noche de Febrero en que, unos cuantos amigos fieles y otros tantos deudos afligidos, velábamós silenciosamente el cadáver de Gutiérrez Nájera. Y a través de veinticuatro años los recuerdos se filtran con dificultad y aparecen en la memoria enturbiados y oscurecidos por el tiempo.

Es preciso hacer un esfuerzo mental para avivar las opacas imágenes que esconden los almacenes del cerebro, y refrescar los dolores marchitos que duermen en el fondo del corazón. El esfuerzo es penoso y tiene algo de la irreverente faena de las exhumaciones, o de la insana curiosidad de los desenterramientos. Yo, sin embargo, encuentro, a veces, un suave goce en escudriñar lo pasado como quien se pone a remover cosas olvidadas en un arcón polvoso, a leer cartas amarillentas y de escritura desvaída, o a oler en una cinta, en un guante, en un pañuelo, guardados, como una reliquia, las fragancias de antaño.

Y hoy que manos juveniles me empujan hacia la sombra de la vida que fué para que les cuente lo que en ella vi y sentí, me parece como que una melancólica alegría va a darme alientos y virtudes para revivir el recuerdo.

* * *

En una vaguedad cargada de emoción, distingo todavía el saloncito en que, después de media noche, estábamos los camaradas de Manuel, mirando cada uno desde su asiento, en una pesada penumbra, impregnada de olor a tabaco, la puerta de la vecina alcoba; allí los dos blandones; allí el lecho desnudo, y sobre él la caja negra con agarraderas de plata, y al pie del lecho, acurrucada en una silla baja, una viejecita que rezaba dulcemente, hundida en la inmensidad de un piadoso dolor sin de-

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

esperaciones y sin lágrimas. A intervalos, en las piezas contiguas, llantos y sollozos de mujer, gritos de niñas, y un monótono rumor como de coro de oraciones. Miro hacia todos lados, en el aposento sombrío: cerca del balcón entreabierto, sentado en actitud de cansancio, arrebujado en su capa española y puesta la montera oscura sobre la melena canosa, con su aspecto de hosca y anticipada vejez, está Maximiliano Baz, el compañero del *Duque* en sus vespertinos mariposeos bibliográficos sobre las mesas y estanterías de la librería francesa de Mauricio Guillot; en el sofá, haciendo gestos y ademanes nerviosos, y con un aire de chico compungido en el aguilón semblante, está Carlos Díaz Dufoo, el segundo director de «La Revista Azul» el inseparable colaborador del joven maestro en aquel semanario cuya redacción sonaba a toda hora, a músicas de verso y a risas de travesura. Al lado de Díaz Dufoo está el más ardiente de los devotos del poeta; Ignacio Luchichi, con su monda y enérgica cabeza de hombre voluntarioso y su ancha faz sanguínea en donde pugna por revelarse una mal contenida angustia. Y recién salidos de la adolescencia, magros y asombrados por el sufrimiento, y juntos como para darse calor de resignación y consuelo, están los dos hermanos, Santiago y Salvador, que, momento a momento, acuden a ver de cerca a la acurrucada viejecita y a besarle, a furto de la mirada de los extraños, la frente virginal, llena de tristeza y desolación. Recargadas en el lecho, en los murcs de la alcoba, en los muebles, muchas coronas de flores, muchas cruces de musgo, que mezclan su respiración campesina, al olor religioso y acre, de la cera combusta. En el corredor, otras personas, cuchichean muy a la sordina. Afuera, en la calle de barrio, de vez en cuando, las voces de los transeuntes trasnochados, el lejano silbido de un tren, el cojo rodar de un coche. La noche pesaba sobre nuestro pecho como una caja de ataúd.

Y mientras de su profundo mutismo salía el misterio con turbador, y mientras se abatían nuestros espíritus en un tremendo anonadamiento, yo intenté, por el impulso de una inexplicable sujeción, coordinar mis observaciones, encadenar mis meditaciones.

* * *

Me acuerdo de que lo que más persistía, de mi total impresión de aquellos días horribles, eran las horas de agonía del poeta. Llegué a su casa—no lo olvidé—al obscurecer. Como me había sucedido desde que el *Duque* se agravó, conforme me acercaba

iba hormigueándome con mayor violencia la inquietud. Aceleraba el paso, y, no obstante, sentía miedo de llegar. Al cruzar el portal empenumbado ya, me encontré con Don Manuel Mercado, el Subsecretario de Gobernación. Venía de ver al enfermo, a su mejor y más admirado amigo; y su cuerpo, alto y seco, se encorvaba más desmayadamente que de costumbre, como si lo agobiase la pena. Me tendió la mano y me dijo:

—Se nos va. Y los vidrios húmedos de sus anteojos brillaron en la obscuridad.

Pero la última esperanza es terca siempre, y con ella subí las escaleras, y atravesé el corredor florido y entré en la limpia y burguesa vivienda. Cuando, hecha un mar de llanto, me saludó Cecilia, la esposa del poeta, comprendí que mi visita era inoportuna. Había llegado el trance final. Mi esperanza se resistía a creerlo y me obligó a que me quedase.

—Entre usted—inclinó con dulzura Cecilia—; ya no lo conocerá. Está delirando.

En la cama, cuidadosamente arreglada, sin una arruga en las ropas blanquísimas, apenas si se dibujaba en bajo relieve, el cuerpo flaco y anguloso. De fuera, estaban, cubiertos por el camión, los brazos semirígidos. Las manos gesticulaban con su vida. Sobre la almohada, la cabeza sudorosa, la cara hipocrática, amarilla, con la barba crecida y descuidada, y, por los ojos entrecerrados, un fulgor de extravío. . . El agonizante hablaba. La voz era un poco balbuciente y grande el esfuerzo que hacía el pecho para producirla. Mas el cerebro, encendido por el delirio, funcionaba con exaltación imaginativa, desordenada pero brillante. La fantasía chispeaba, batida en el yunque de la locura. Manuel estaba pronunciando un discurso. Su último sueño correspondía a su última preocupación. Días antes de su enfermedad, la Prensa Asociada de México, lo había elegido presidente. Era un acto de justicia para el electo, y un acto de necesidad para la institución. Al mismo tiempo que se reconocían los méritos, negados en más de una oportunidad al poeta, se renovaba y fortificaba así un cuerpo caduco que sólo había servido para torpes explotaciones. Manuel se sintió halagado, y pensó, quizás por primera vez, en una obra apostólica de concordia y regeneración; él, que por delicadezas mentales y sentimentales, solía no gustar sino de la compañía de los escogidos.

Lo pensó: no le alcanzó la vida—muy poco le restaba ya—para intentarlo. Pero el discurso de recepción, en aquel extremo instante, sin más auditorio que la familia y dos o tres camaradas, adquiría una solemnidad inesperada y suprema. El delirante se

creía en el salón de la Prensa Asociada, en pie dentro de la barra corva de una tribuna. Nosotros lo veíamos tendido en el lecho de una cámara mortuoria donde no tardarían en encenderse las velas funerarias.

El *Duque* hablaba con dificultad, pero con elocuencia. A su defecto de pronunciación—eran frecuentes sus tropiezos de tartamudo—uníase la debilidad de una existencia que se extingue. Mas en la última gota de aceite de la lámpara, se prende más hermosa y más intensa la llama. ¡Qué alta, qué pura, qué noble y armoniosa palabra la de ese orador que improvisaba un discurso académico al borde de la tumba que aún no terminaban de cavar para él! Yo estaba acostumbrado a oír a mi amigo, y muchas veces, de admiración en admiración, de sorpresa en sorpresa, me hallé subyugado por el encanto de un pensamiento diamantino que se envolvía en un ropaje verbal, lleno de gracia y diaphanidad. El artista había dominado su técnica a tal punto, que el escritor adorable se reproducía en el orador alado y fácil.

Aseguro, sin embargo, que jamás lo habíamos escuchado tan vigorosamente inspirado, como en ese largo momento de sonoro delirio. Permanecimos en silencio y temblando de emoción al rededor de la cama, mirando y oyendo a aquel cadáver que decía, casi murmurándolas, cosas bellas, imágenes fragantes, vocablos líricos que se enlazaban en flexible cadena luminosa. El tema del amor humano se desenvolvía en la caprichosa y fúnebre sonata. ¿Cuánto duró el milagro? No lo sé; no lo sabremos nunca. Pocas veces la retórica ha servido de túnica refulgente a una alma trémula que prepara su vuelo a lo infinito.

El poeta terminó. Oyó, en el fondo de su fiebre mortal, los aplausos, y sonrió. Se reanudaron las oraciones y las lágrimas.

Luego . . . El poeta siguió soñando. Tal vez como premio a su amorosa labor, el sueño lo había trocado en un niño piadoso. Cuando la vida lo abandonaba, el delirio, como buena hada, lo tomó de la mano y le hizo retroceder en el camino; lo llevó a sus primeros años y volvió a vestir su espíritu con las galas infantiles; con la inocencia, con la alegría, con la fé. Entonces el *Duque* encontró su voz aguda, la de timbre de cristal, para repetir el vocativo inefable:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Y a la mamá empezó a contarle, entrecortadamente, lo que veía. Veía a las vírgenes, a los santos, a los ángeles; veía su paraíso cristiano, su corte celestial, su gloria azul y constelada con bandadas de querubines, procesiones de profetas, coros de bien-

aventurados y, en pórticos y santuarios de incienso, las rosas de diamante de las estrellas. Lo que había cantado tanto en sus versos adolescentes, lo que lloraba, en una nostálgica duda, en sus poesías atormentadas volvía a él, con el mismo candor, purificado de nuevo por el soplo de la muerte. Fragmentos de las plegarias de la cuna, frases de los rezos libados en la boca maternal, reminiscencias de las lecturas familiares del *Libro de oro* y del *Año Cristiano*, salpicaban la visionaria descripción. El sentimiento religioso—onda del Jordán—inundaba el corazón del poeta y lo dejaba limpio de limos de pecado.

La madre, la doliente viejecita, contemplaba esta agonía serena y consoladora,—morir de pájaro herido:—y se decía que la conciencia, tumultuosa de angustia, de la anciana, caía un suave rayo de beatitud y resignación. Ante la vista nublada de lágrimas el hijo de sus entrañas, no moría, se transfiguraba. Había logrado su salvación. La semilla del bien, abría a la orilla del sepulcro, la postrera y divina flor. Dios bajaba por él: iba a llevarselo como a un niño dormido.

Poco a poco, en efecto, fué callándose Manuel, hasta que sólo movía, en silencio los labios. Comenzó el estertor. Alguien encendió un cirio. Alguien puso, con levedad, un crucifijo entre las manos del agonizante. Las mujeres se arrodillaron; una, abriendo un pequeño devocionario, empezó el rezo. Yo, reculando, salí de la estancia, y huí. La noche del tres de Febrero era clara y tranquila. La ciudad había enmudecido. Hace veinticuatro años. . . .

LUIS G. URBINA.

INVITACION AL AMOR.

¿Por qué, señora, con severa mano
Cerráis el camarín de los amores,
Si hay notas de cristal en el piano
Y en los jarrones de alabastro flores?

¿Por qué cerrar la habitación secreta
Y atar las rojas alas del deseo,
A la hora misteriosa en que Julieta
Oyó crujir la escala de Romeo?

¿Habré sido tal vez en vuestra vida
Rápida exhalación, perfume vago,
Sombra de un ave, que en veloz huída
Se desvanece, sin rugar el lago?

¿Nada os habló de nuestro amor perdido
Ni el lirio azul, ni la camelia roja,
Ni la fuente de mármol esculpido
Que vuestras verdes parietarias moja?

¿Nada os habló de mí? Ni los carmines
Que os salen, si me véis, a la mejilla,
Ni vuestra alcoba azul, ni los cojines
Que dibujan, hundidos, mi rodilla?

¿No oís la voz del viento que se estrella
De vuestra reja en los calados bronce?
Muy negra está la noche... como aquella!
Y desierta la calle... como entonces!

¡Ah, vuestro labio sin piedad mentía,
No ha muerto aún nuestra pasión, señora;
No cantan las alondras todavía;
No se estremece en el cristal la aurora!

Vano temor, escrúpulo cobarde,
Nuestras almas desune y nos aleja:
Dejadme pues que silencioso aguarde,
Y que os vele de pie junto a la reja.

Permitid que tenaz y enamorado
Contemple vuestro cuerpo de sultana,
Y admire por la sombra recatado
Vuestro cutis de tersa porcelana.

Dejadme ver, inquietas y curiosas
Vuestras pupilas a través del velo,
Y que me hablen de amor como a las rosas
Les hablan las estrellas desde el cielo.

No; no es verdad que nuestro amor ha muerto,
Por más que la borrasca nos desuna:
El niño vive aún, está despierto
Y nos tiende los brazos en la cuna!

Todo eual antes en la quieta alcoba
Mi vuelta aguarda y esperando queda:

Desde la obscura puerta de caoba,
Hasta el sitial de purpurina seda.

Todo os habla de mi: la tersa fuente,
Los cortinajes blancos y rojizos,
Hasta el peine de nácar transparente
Que detiene en la nuca vuestros rizos.

Todo secretas pláticas entabla
Y cuenta nuestras citas amorosas:
Todo, señora, de mi amor os habla,
Con la muda elocuencia de las cosas.

Es inútil huir: la noche cierra:
Tiende la sombra su callado velo:
Los pájaros se juntan en la tierra
Y los astros se buscan en el cielo!

¿Por qué luchar cuando al amor suave
Cantan los nidos y la estrella helada,
Si tenéis, al andar, algo de ave,
Y mucho de lucero en la mirada?

El parque humedecido por las lluvias,
El agua que aromó vuestro cabello,
Las brisas frescas, y las hebras rubias
Que tiemblan de pasión en vuestro cuello;

Todo, perfume, claridad, o nido,
Os habla de mi amor y nos alienta,
Hasta las cintas del corsé ceñido
Que mis esquelas de pasión calienta.

Todo me aguarda aún; la muelle altombra,
La puerta franca, el cortinaje espeso:
En un rincón del canapé, la sombra,
Y en vuestros labios de carmín, el beso!

No queráis resistir: los sueños míos
Conocen vuestros íntimos pesares,
Y vos venís a mí como los ríos
Corren a confundirse con los mares.

¿Por qué la soledad en torno vuestro?
¿Por qué dejar el comenzado viaje?
¿Por qué la pena y el color siniestro
De vuestro negro y ondulado traje?

Todo para ayudarnos se conjura:
Las ondas melancólicas suspiran....
¡Amad! Nos cubre la tiniebla oscura,
Los niños duermen y los astros miran!

1882.

CARTA ABIERTA.

Tiene el amor su código, señora,
Y en él mi crimen pago con la vida;
¡Así es mi corazón! ama una hora,
Es amado después, y luego....olvida.

En este tren expreso en que viajamos,
Aman siempre al vapor los corazones,
Que así como el trayecto que cruzamos
Tiene el alma también sus estaciones.

¿Quién detiene en su giro a la veleta?
¿Quién a sus plantas encadena al viento?
¿Dónde se halla el Alcides que sujeta
Al Icaro inmortal del pensamiento?

¡Amor!.....Cada alborada que amanece
De nuestros sueños en la bruma vaga,
Se derrama en los aires, crece, crece,
Y cuando vamos a mirar se apaga.

Soñamos con amar, y nos agita
La volcánica lava del deseo:
Matamos nuestro amor, y resucita
Con las múltiples formas de Proteo.

Hoy es una mujer que nos adora;
Mañana una mujer que nos desdeña;
Y mientras más por el amor se llora,
Con más ahinco en el amor se sueña.

¡Así es el hombre! Tántalo que tiene
La sed del ideal, la poesía:

Una mujer a su camino viene
Y exclama el corazón: ¡esa es la mía!

Es suya esa mujer: los goces nacen,
La ve, la palpa, sus mejillas besa....
Las alas del querube se deshacen,
Y exclama el corazón: ¡no! ¡no era esa!

No dañan las escarchas del invierno,
Al árbol que sin hojas ha quedado,
Así el amor, para que viva eterno,
Tiene que ser por fuerza desgraciado.

Tú, sí, dolor, los sueños eternizas;
Tú, sólo tú, de la creación monarca;
Tú que formar supiste con cenizas
La escultórica Laura del Petrarca!

¡Qué estéril es la dicha! Si su nido
Al Tasso hubiera abierto tentadora,
¡Cómo se hubiera al fin desvanecido
La pálida silueta de Leonora!

¡Amor es un laúd, es una lira,
Que vibra en el espacio y enmudece:
Amor es una Ofelia que suspira.....
No la queráis tocar.... ¡se desvanece!

Ya véis, señora, que si el crimen mío,
Fué el querellaros una vez de amores,
Me ha sorprendido de la noche el frío,
Sin una estufa en que abrigar mis flores.

Como es muy triste el sol en el Ocaso,
El apurar la dicha me da miedo:
Sois hermosa y feliz, me amáis acaso....
Os quisiera querer.... pero no puedo.

Busco las dichas del hogar sencillas,
Para eso guardo mi postrer cariño,
Yo quiero que descanse en mis rodillas
La rubia cabecita de algún niño.

Dejad que busque luz para mi noche,
Si la pasión con sus fulgores pierdo,
Y no arrojéis la gota del reproche
En el sublime néctar del recuerdo.

EFIMERAS.

¿Adónde van los sonidos
 Cuando muere en los oídos
 La postrera vibración?
 El aire es mar: en él bogan
 Y se hunden y se ahogan
 En la móvil extensión,

¿Adónde vuela el perfume?
 Se evapora, se consume
 Y se disipa y se va:
 Triste vampiro del orbe
 El aire su esencia sorbe
 Y muerto el perfume está.

¿Adónde su disco encierra
 El rojo sol cuando cierra
 La tiniebla su capuz?
 ¿Y adónde, tristes y bellas,
 Van las pálidas estrellas
 Cuando aparece la luz?

El aire es tumba: devora
 Lo que brilla, lo que llora,

El perfume, la canción:
 Efímeras vibraciones,
 Luces, perfumes y sonos
 Van al mismo panteón.

Pero la música blanda,
 Revive, palpita y anda
 Sumisa a la voluntad;
 Está dormida, no muerta;
 Si queréis verla despierta,
 Tocad, artistas, tocad!

El perfume no se agota:
 Cada molécula brota
 Y se esparce en la extensión,
 Vibra próxima a perderse
 Y ondulando va a esconderse
 En las hojas del botón.

Hay bajo el gran Oceano
 Un palacio soberano
 Que habita de noche el sol;
 Duermen los átomos rojos;
 Los corales son sus ojos,
 Y su alcoba un caracol.

Tras los tímpanos polares,
 en los hiperbóreos mares
 Qué triste la Osa se ve;
 En tanto que dura el día,
 Descansa la estrella fría
 De un monte nevado al pie.

Toda muerte es aparente;
El sol renace en Oriente,
Surge la luna del mar,
Los aires que soplan yertos
Están poblados de muertos
Que van a resucitar.

Pero, en qué limbo sepulto,
En qué caracol oculto,
En qué pétalo de flor,
En qué tímpano escondido,
Mientras que dure el olvido,
Vive, señora, mi amor?

1881.

POBRE Y ENFERMA.

Todas corren y saltan bulliciosas;
Ella, sola se está,
Todas van tras aquellas mariposas,
Pero ella no.... no va!

¿Por qué ninguna niña la acompaña?
¿Por qué cuando las mira,
Una lágrima tiembla en su pestaña,
Baja el rostro, y suspira?

Como pájaros sueltos, sonriendo,
Las niñas juguetean,
Y al mirarlas alegres ir corriendo,
Parece que aletean.

Ella, pálida, inmóvil, escuchando
El roce de la seda;
Gorros, encajes, blondas contemplando,
Como absorta se queda.

Lejos entonces del alegre prado
Se detiene cobarde,
Tímida, como el torpe convidado
Que al festín llega tarde.

Siempre la miro así; siempre sentada
En la glorieta aquella,
Con un tápalo roto rebujada,
Enferma, triste, bella.

Es limpia su indigencia; con aseo
Sus harapos dispone,
Y el roto abrigo, sin color y feo,
Caprichosa compone.

A veces con su aspecto de tristeza
A donde juegan viene:

Pero al ver que repugna su pobreza,
Muy lejos se detiene.

Es muy pobre su vestido;
Roto está su calzado,
Y va pisando el suelo endurecido
Con el pie delicado.

Áspero y lacio su cabello crece
Que por peinar se afana;
Está su rostro pálido; parece
De blanca porcelana.

Triste, muy triste, con extraño miedo
De las gentes se aleja;
Y cuando habla, su voz suena tan quedo
Que parece una queja.

Tiene la amarillez de los que lloran;
Por ser pobre, es adusta;
Y como todos con placer la azoran,
Al ver gente se asusta.

Sufre mucho: una lágrima humedece
Su pupila escondida,
Y de sus labios lívidos parece
Que se ausentó la vida!

No anda, se desliza. Silenciosa
Por todas partes vaga,
Y la luz de sus ojos temblorosa
Cada vez más se apaga.

Como mártir caído sin aliento,
Sin que tema ni espere,
En un rincón del alma, soñoliento,
Su espíritu se muere!

¡Tan nerviosa, tan débil, delicada
Como la sensitiva,
Yo no sé, pobre niña abandonada,
Cómo aún está viva!

¡Cómo puede vivir si se consume
Su alma taciturna!
¡Cómo puede escaparse así el perfume
Sin que rompa la urna!

¡Pobre niña! te llama el precipicio
Y no es la senda larga,
Que te arrojó sobre la tierra el vicio
Como cáscara amarga.

Venga el eterno sueño a protegerte
Antes que mal te venza:

Es una madre para ti la muerte;
Tu vida es la vergüenza!

Dios te hizo luz. El mundo te hará sombra,
Don Juan te acecha ufano....
¡Tiende las alas! para huir la tromba,
Nunca, nunca es temprano.

Hoy tu dolor es el dolor sublime
De la víctima santa,
Hoy tienes la amargura que redime,
La pena que agiganta.

Eres un santuario de inocencia
Envuelto en densa nube,
Y Dios quiere que sufras la existencia
Para hacerte querube.

Como planta marchita, tu cabeza
A la tierra se inclina,
Y con mano de mármol la tristeza,
Cual madre, te encamina.

Mas tu apacible y puro pensamiento
Al del ángel iguala,
Porque para tu alma el sufrimiento
Es una inmensa ala!

¡Vete del mundo! no hay aquí defensa
Y el abismo te llama:
Si te entristece la partida, piensa
Que aquí nadie te ama!

1881.

PROLOGO.

Aquel domingo, por la mañana,
La cuna vino del almacén,
Y el colchoncito, de blanca lana,
Para la cuna llegó también.

Junto del lecho de los esposos
El tibio nido se colocó,
Y con encajes voluptuosos
La colgadura se le formó.

¡Qué buen domingo! ¡qué hermoso día!
A punto estaba de obscurecer,
Y alegre Clara, se divertía
Los cortinajes en componer.

Aquí las colchas, recién sacadas,
Blancas y tibias, de su baúl,
Y encima puestas dos almohadas
Trasparentando su fondo azul.

Sobre la cuna, la cruz bendita
Con una palma pequeña al pie,

Y al otro lado, la virgencita
Que para el niño guardada fué.

Vino la noche, la casta cuna,
Ya concluída, puesta quedó;
Y un apacible rayo de luna
Entre sus ropas se acurrucó.

Abriendo Clara su costurero,
En la mesilla puso el quinqué,
Mientras, fumando rico veguero,
Alegre, Carlos, tomaba el te.

Junto a la mesa, Clara cosía,
Y el buen esposo fuera de sí,
La suelta cuna lento mecía,
De gozo lleno, diciendo así:

—Verás: mi alma no se equivoca,
Yo te lo digo, será mujer...
Tendrá tus ojos, tendrá tu boca,
Cual la del sueño que tuve ayer.

Los ojos negros, grandes, rasgados;
Castaño el pelo también tendrá,
Y de sus labios, tan encarnados,
La misma fresa se encelará.

Cuando nos venga, luego, muy luego,
Cuando la mande nuestro buen Dios,
Como hace frío, junto del fuego
La velaremos siempre los dos.

Verás, mi vida, como sonrío
Por las mañanas, al despertar;
Verás, mi cielo, como se engrío
Y con los ojos nos quiere hablar,

Irá creciendo; la llevaremos
Los dos del brazo por el jardín,
Y vueltos niños, retozaremos
Hasta que Vésper salga por fin.
Será muy bella... ¡Si ya la veo
Causando siempre la admiración,
Siendo de todos vivo deseo,
Y sólo nuestro su corazón!

He de ponerla tu mismo nombre...
—No—dice Clara—¡qué loco estás!
¡Si lo presiento! ¡Si será hombre!
¡Rubio, gallardo, ya lo verás!

A esta alcoba le falta abrigo,
Ya los balcones mandé ajustar,
Que por la puerta, por el postigo
Un soplo de aire se puede entrar.

Será tan débil... ¡El pobrecito
Irá cobrando fuerzas después;
Pero cubriendo su cuerpecito
Calentaremos sus blancos pies.

Y su cabello rubio, rizado,
Yo con mis manos alisaré.
Y entre mis brazos aprisionado
Sin que me entienda le charlaré.

Verás al verle como reímos:
Por las alfombras gateando irá,
Y cuando advierta que le seguimos,
Verás si sabe decir *papá!*

Cuando se acueste, como una loca
Un beso largo daré en su sien,

Dos en el cuello, tres en la boca
Cinco en los ojos, diez... hasta cien.

Como cristiano, desde pequeño
Sus oraciones sabrá rezar:
¡Ver me parece con cuánto empeño
Su media lengua quiere ensayar!
Y así diciendo, Clara soñaba
Tan a lo vivo su porvenir,
Que de alborozo llena, cantaba
Como si el niño fuese a dormir.

Luego siguiendo con ansia rara,
Ambos hablaban como en tropel:
—¡Tus mismos ojos!--¡Tu misma cara!
¡Si será ella!--¡Si será él!

1883.

DE LAS «NEUROTICAS.»

Pálido cuerpo viajero
Que dejas la juventud,
Dí: ¿quién será el carpintero
Que labrará tu ataúd?
Alma triste y silenciosa
Que ya del mundo te vas,
¿En la tierra de qué fosa
Para siempre dormirás?

Ojos de llorar cansados,
¿A quiénes, decid, veréis
Junto al lecho arrodillados
Cuando apagándoos estéis?
Corazón lleno de penas
Que todos olvidarán
¿Qué almas buenas, qué almas buenas
En mi tumba llorarán?

*
* *

De la gótica torre insomne buho
Con perezoso vuelo se desprende:
Es el alma de un monje que, penando,
El monasterio ronda.
Delante del altar lámpara triste
Única brilla iluminando el Cristo:
Es la novicia que murió sin mancha
Y en espíritu vela.
Por el roto cristal de la ventana
Entra veloz el pájaro nocturno,
En la lámpara cae, le sorbe el alma,
Cierra sus ojos la novicia pura,
Y en la tiniebla dice el monje torvo:
--¡Ya por fin eres mía!

*
* *

Cuando en mitad de la torre
Miro brillar el reloj,

--Me está mirando la iglesia!
 Con espanto digo yo.
 Juzgo que el templo me llama,
 Y enmudezco de pavor....
 Porque el reloj tiene vida,
 Nos ve, nos habla el reloj...
 ¿Por qué me observas, espía?
 ¿Por qué me llamas, oh voz?

*
 * *

Los barandales de bronce limpio
 Cercan y amparan aquel altar;
 Allí gozoso, cuando era niño,
 Fui con mis padres a comulgar.
 Súbitamente los cirios arden,
 La campanilla suena otra vez,
 Y me arrodillo como en las horas
 Frescas y castas de mi niñez.
 Ya viene el cura, viejito y blanco,
 Y del Sagrario toma el copón...
 Ya viene el cura, viejito y blanco,
 Y viene a darme la comunión!
 Yo me arrodillo... Pero ¿la hostia?
 ¿La hostia, oh padres, en dónde está?...
 Del viejo cura las manos deja,
 Y por el aire blanca se va!

1883.

DEL LIBRO AZUL.

Si mi secreto queréis que os diga,
 Cerrad, si os place, vuestro balcón:
 Temo que un silfo, mi buena amiga,
 En sus alitas llevar consiga
 Átomos de oro de mi pasión.

¿Queréis que os hable de mis amores?
 Pues aguardemos a que las flores
 Quietas se duerman en el jardín;
 Odio las brisas por lo curiosas,
 Y me recato de aquellas rosas
 Que aquí perfuman el camarín.

—
 Ya véis, señora, si soy discreto,
 Si avaricioso guardo el secreto,
 De luz, de aroma, de brisa y flor;
 Mi alma es sagrario y urna cerrada,
 Donde lo llevo, perla guardada
 En concha nácar, nido de amor.

Nadie lo sabe, nadie ha podido,
Luz o silencio, sombra o ruido,
Este secreto nunca saber.
Entre sus hojas, cual la violeta,
Va con mi alma, dormida y quieta,
La casta imagen de esa mujer.

Soy como avaro, que su tesoro
Sus ricas perlas, sus torres de oro,
Guarda en el fondo de viejo arcón;
Y cuando mi alma siente tristeza,
Para ahuyentarla con su riqueza
Va de puntillas al corazón.

Contempla el oro de su cabello,
Sus ojos claros, su terso cuello,
Sus brazos blancos de rosa-te;
Y porque no entre la luz curiosa,
Mis ojos luego cierra medrosa,
Pensando acaso que el sol nos ve!

* * *

Si mi secreto queréis que os diga,
Cerrad entonces vuestro balcón:
Temo que un silfo, ^{mi} buena amiga,
En sus alitas llevar consiga
Átomos de oro de mi pasión!

1880.

¡ANDA!

No temas que cobarde y vengativo
Ultraje por ultraje te devuelva:
Ni esperes, no, que el corazón altivo
Olvide tus agravios y te absuelva.

Ni perdón ni castigo te preparo;
Fuiste instrumento dócil de mi suerte,
Y de tu amor tranquilo me separo,
Como el alma del cuerpo, con la muerte!

Anda, vé, pues, ¡oh, blanca engañadora!
Lejos del alma que tu dicha quiso;
Anda, vé, como Eva pecadora,
Desterrada por Dios del Paraíso.

¡Ay! yo quisiera, tierno, enamorado,
Seguir tus pasos, escudar tu pecho;
Ser el ángel guardián que recatado
Te vela de rodillas, junto al lecho.

Bien sabes tú que mi mayor ventura
Era pedir que de la vida odiosa

Me reservara Dios la parte oscura,
Dejándote la parte luminosa.

Amaba tus dolores, y quería
Defenderte del mal cuando viniera.
Y estar contigo, pobrecita mía,
Cuando tu anciana madre se muriera.

Mi amor no te soñaba disoluto
En la alcoba nupcial, llena de flores;
Llorando penas o vistiendo luto,
¡Así te imaginaban mis amores!

Tarde o temprano los pesares llaman:
Se van los padres o se muere el niño,
Y para entonces, los que bien se aman
Atesoran avaros su cariño.

En esas horas en que surge el ruego
Y por Dios los espíritus preguntan,
Como cuerpos friolentos junto al fuego
Las almas se aproximan y se juntan.

Tú no conoces la espinosa vía,
Eres la juventud y la belleza,
Y a tu casa no llega todavía
Desnuda y solitaria la tristeza.

Pero las penas, huéspedes constantes,
Emprendieron temprano su camino,
Y no estoy a tu lado como antes
Para luchar por ti con el destino.

Ya no estaré contigo cuando llores
Y muda quede la apacible viola,
Cuando tu madre esté bajo las flores....
Ya estás sola, mi vida, ya estás sola!

Vendrán las penas, la orfandad, el llanto,
La pobreza tal vez y la caída;
Y yo, mi sueño, que te quiero tanto,
No podré defenderte de la vida.

Tal vez entonces busques mi cariño:
Pero, ¡quién lo pasado desentierra!
¿Qué madre puede revivir al niño
Que duerme bajo el musgo de la tierra?

1881.

MIMI.

Llenad la alcoba de flores
Y solo dejadme aquí;
Quiero llorar mis amores,
Que ya está muerta *Mimi*:

Sobre su lecho tendida,
Inmóvil y blanca está;
Parece como dormida;
Pero no despertará.

En balde mi mano toca
Sus rizos color de te,
Y en balde beso su boca;
Porque *Mimi* ya se fué!

Deja'eme: tal vez despierta
Pronto la verá saltar,
Pero cerrad bien la puerta
Por si se quiere escapar.

Mimi, la verde pradera
Perfuma el blanco alelí,
Ya volvió la primavera,
Vamos al campo, *Mimi*!

¡Deja el lecho, perezosa!
Hoy es domingo, mi bien,
Está la mañana hermosa
Y cerrado tu almacén.

Ata las bridas flotantes
De tu capota gentil,
Mientras cubro con los guantes
Tus manitas de marfil.

Abre tus ojos, despierta!
¿No sabes que estoy aquí?
¿Verdad que tú no estás muerta?
Despierta, rubia *Mimi*!

Quiero en vano que responda;
Ya nunca más la verá!

La pobre niñita blonda,
Que me quiso, ya se fué!

En sus manos, hoy tan quietas,
Deja ya mi juventud,
Y con azules violetas
Cubro su blanco ataúd

Si alegre, gallarda y bella
La veís pasar por allí,
No os imaginéis que es ella. . .
¡Ya está bien muerta Mimi!

1880

¿PARA QUÉ?

Mi cuerpo soñoliento se rinde a la fatiga;
Secreta voz interna me dice que no siga. . .
¡Dejadme sobre el césped exánime dormir!
Dejadme: idos vosotros en pos de la ventura;
De niño, me inspiraba pavor la sala obscura;
Hoy, hombre, me da miedo mirar el porvenir.

El barco va despacio: navego mareado;
Dejadme en una isla desierta, abandonado,
Sois jóvenes y fuertes ¿qué falta os hago yo?

Tal vez mañana surja la prometida tierra,
Seguid, seguid vosotros. ¡Mis párpados ya cierra
La mano de la sombra; mi antorcha se apagó!

¡Oh, nave de la vida, qué lenta que caminas:
¿Por qué no llegas nunca, por qué no me destinas
Peñasco solitario do pueda reposar?
¿Cómo podrán dejarte las miserables que gimen
Si tú no las escuchas ¡oh, nave! y es un crimen
Lanzarse desde el mástil, al seno de la mar?

Escucho de las olas espesas el ruido,
El rechinar constante del cable retorcido,
La tabla que se encorva bajo robusto pie;
Las velas que se inflan, del ábrego juguete,
Las voces del piloto, los cantos del grumete,
Y en la sentina echado, murmuro: ¿para qué?

¿Adónde navegamos? ¿quién rige la faena?
¿A qué las inquietudes, las luchas y la pena;
Si el capitán maltrata, y el término es ruín?
Cualquier que sea el sitio, cualquier que sea el puerto,
En los revueltos mares, igual que en el desierto,
Por mucho que luchemos, la muerte será el fin.

La góndola arrogante que sale de Myssira
Camina a los acordes sonoros de la lira,
Sus velas son de raso, de plata su timón;

El barco que abandona las playas de Noruega
Como cetáceo enorme, sobre la mar navega,
Hendiendo entre las olas su vientre de carbón.

Y el arrogante esquife, y el galeón pesado,
El aceitoso buque y el barco empavesado,
Los jóvenes remeros, y el viejo capitán,
Los que el amor impulsa o la codicia mueve,
Buscando van la dicha. Su viaje será breve
Y al fin de la jornada la muerte encontrarán!

¿No veis bajo las olas profundas que se entreabren
Mil dientes que relucen, mil bocas que se abren?
¿El tiburón hambriento y el rápido delfín?
Esperan. Vais cantando. Sois jóvenes. ¿Qué importa?
La espera será larga, la espera será corta,
La mar es el camino! Su estómago es el fin!

¿A qué, si lo sabemos, luchar contra el destino?
Dejemos que nos marquen los vientos el camino,
Que a su capricho empujen las olas el bajel,
Si todo hemos de darlo a la implacable diosa,
Desnudos cual nacimos bajemos a la fosa,
Sin perlas en las manos ni olímpico laurel.

Quisiera de la nave salirme fugitivo;
No puedo y me resigno. Vivir es ser cautivo...
Echado en la sentina mi vida pasará!

No quiero entrar en lucha con hombres ni deidades;
Ya soplen los alisios o rujan tempestades,
Aquí, sin agitar me, la muerte esperaré.

1880

HAMLET A OFELIA.

A ALFREDO CHAVERO.

Get thee to a nunnery! — Shakespeare.

Mira: ven, voy a hablarte: voy a herirte:
Estoy maldito. Mancho lo que toco!
Tengo un secreto, Ofelia, que decirte:
Me juzgan loco y —oye! —no estoy loco!

¿Ves? mi cabello lacio y blondo crece;
Pocas sonrisas en mis labios quedan;
Tengo hundidos los ojos, y parece
Que en lo más hondo de sus cuencas ruedan.

Estoy enfermo; pálido; la brida
Tascando del deber, voy taciturno;
Y atravieso graznando por la vida,
Como un inmenso pájaro nocturno!

Mi ángel es la tristeza: nunca alegre
Mis labios secos risa de contento,

Es negro mi ropaje, y es más negra
El ala de mi torvo pensamiento!

Todo, todo en mi contra se concilia
Las iras todas de la tierra arrostro;
Y revelan mis noches de vigilia
Los pómulos salientes de mi rostro.

Algo de espectro en esta faz se encuentra;
Soy una bruma que habla y que camina,
Y mi alma soñadora se concentra
En el azul polar de mi retina!

La triste noche en que nací, caía
Blanca la nieve sobre el pardo suelo,
Aullaban los lobos, y cubría
Su faz medrosa el enlutado cielo!

Allá en el bosque la corneja mustia
—¡Presagio triste!— chirriando estaba:
Mientras mi madre con terrible angustia,
En el lecho convulsa se agitaba.

La alcoba estaba triste: toscos leños
Quemábanse con áspero chasquido,
Y la tropa impalpable de los sueños
Revolando escapábase del nido!

En la angosta ventana aleteaba
El genio negro, y al nacer el día,
Un mendigo en la puerta agonizaba,
Y triste adelfa en el dintel crecía!

.....
.....

Tú, Ofelia, tú, las sonrosadas sienas
 Coronas de ranúnculo serena:
 La paz de un lago en la conciencia tienes,
 Eres buena, sí, Ofelia, tú eres buena!

Tu frente es una ala de paloma,
 Nunca tus cejas el enojo enarca,
 Y para el alma en que tu luz asoma
 Eres el ave mística del arca.

Mírate en el espejo de este río....
 Contemplándote a ti pasa muy quedo.
 Yo no lo puedo ver: su lecho frío
 Tiene algo voluptuoso que dá miedo.

Sencillas flores en tu seno arrojas,
 En tu frente tu espíritu medita,
 Y con la mano trémula, deshojas
 El cáliz de una blanca margarita.

No ames, Ofelia, no ames; ¡a un convento.
 Aquí te acecha y te emponzoña todo.
 Tú eres la gota de agua que sediento
 Absorbe el suelo y la convierte en lodo.

Eres honesta, casta; bueno, vete!
 Mercader de virtud es la hermosura,
 Y la pureza en la mujer, juguete
 Que en manos de un infante poco dura.

Yo no te puedo amar: en nada creo:
 Ni de mi madre en el amor tampoco,

Todos me llaman ciego, porque veo.
 ¿Que estoy loco? ¡mentira! ¡no estoy loco.

Subí del ideal a la colina;
 Miré el abismo en que el dolor se mide,
 Y desde entonces en mi audaz retina
 Hay un lugar en que el terror reside.

Los ojos del espíritu me duelen,
 Tal cual los ojos de mi rostro, cuando
 En una tarde abrasadora suelen
 Estar al sol de frente contemplando.

¿La verdad? —¡No la sepas! tetra nube
 Preñada de relámpagos la envuelve,
 Y el espíritu audaz que a ella sube,
 Deja su cuerpo en tierra, mas no vuelve.

Como cava el minero las montañas,
 Del alma a las cavernas he bajado;
 Y ví negras, tan negras sus entrañas,
 Que negra mi pobre alma se ha quedado.

Mi enfermo corazón adentro llora;
 Abismo abierto ante mis plantas veo,
 Y amarrado a mi cuerpo, me devora
 El buitre que mataba a Prometeo!

Yo soy el ave que perdió su nido,
 La noche que quisiera unirse al día....
 Como águila sin alas he caído....
 ¡Ay! si pudiera amar, cuánto amaría!

Yo sé el misterio del dolor eterno:
Yo sé el secreto de tu dulce calma:
No, Ofelia, ya no vengo del infierno,
Vengo de más allá, vengo del alma!

Ofelia, huye, huye! de mí mismo
Quisiera huir. Que tu ánimo se aquiete.
Estás enamorada del abismo.
Un vértigo es tu amor. ¡Oh! ¡vete, vete!

¡Se va! ¡se va! muy triste.... nada dice!
¡No brota de sus labios una queja!
¡He matado su alma, y me bendice!
¡Era mi único amor, y ya se aleja!

Parece que se apaga en su pupila
La luz del pensamiento: está llorando!
Contempla el agua que se va tranquila;
Ríe.... vuelve a llorar.... huye cantando!

Me da miedo mirarla, su semblante
Es cual de blanco mármol. ¡Se detiene!
Ve con fijeza! pero el alma errante
A sus ojos tristísimos se viene!

¿Qué has hecho? ¡mi pobre alma te quería,
Y tú la asesinaste! ¡Si volviera!....
¡Ofelia, Ofelia! es tiempo todavía;
No, mejor.... ¡que se muera, que se muera!

Julio de 1880.

LAPIDA.

Mucho silencio bajo los pinos,
La luz apenas se atreve a entrar
En esa calle de verdes tuyas
Donde se enreda la obscuridad.

¡Cuántos amigos en los sepulcros
De blanco mármol o piedra gris!
¡Cuántas alfombras de "no me olvides"
Miro olvidadas en el jardín!

Abajo, siembras, techos y torres;
El panorama de la ciudad,
El terso lago que duerme inmóvil,
La caravana que lenta va!

Y en este cerro desnudo y triste,
El alta reja, la férrea cruz,
Y un jardinero que indiferente
Mira el cortejo del ataúd.

Y hemos llegado: ya abren la fosa,
Suenan los golpes del azadón,

Y el sacerdote, breviario en mano,
Reza las preces a media voz.

Los circunstantes, formando grupos,
Muy pensativos la fosa ven,
Y cada uno se dice triste:
¿Cuándo en su seno reposaré?

Otros recorren las avenidas,
Los epitafios leyendo van;
Hablan de aquella que ya no existe,
De la que llevan a sepultar.

¡Cuántos semblantes que nada dicen!
¡Cuántos dolientes de mal humor
Porque se alargan las ceremonias,
Corren las horas y quema el sol!

Unos se burlan de los sepulcros;
Otro contempla con ansiedad,
La tierra obscura, la blanca tumba
Donde sus padres durmiendo están!

Sobre la arena recién regada
Descansa inmóvil el ataúd....

.....

Y en esa caja negra y angosta,
Ya para siempre reposas tú!

FRENTE A FRENTE.

Oigo el crujir de tu traje,
Turba tu paso el silencio,
Pasas mis hombros rozando
Y yo a tu lado me siento.
Eres la misma: tu talle,
Como las palmas esbelto,
Negros y ardientes los ojos,
Blondo y rizado el cabello;
Blando acaricia mi rostro
Como un suspiro tu aliento;
Me hablas como antes me hablabas,
Yo te respondo muy quedo,
Y algunas veces tus manos
Entre mis manos estrecho.
¡Nada ha cambiado: tus ojos
Siempre me miran serenos,
Como a un hermano me buscas,
Como una hermana te encuentro.
¡Nada ha cambiado: la luna
Deslizándose su reflejo
A través de las cortinas
De los balcones abiertos;

Allí el piano en que tocas,
 Allí el velador chino,
 Y allí tu sombra, mi vida,
 En el cristal del espejo.
 Todo lo mismo: te miro;
 Pero al mirarte no tiemblo,
 Cuando me hablas te escucho,
 Cuando me miras no sueño.
 Todo lo mismo: pero algo
 Dentro de mi alma se ha muerto.
 ¿Por qué no sufro como antes?
 ¿Por qué mi bien no te quiero?

* *

Estoy muy triste: si vieras,
 Desde que ya no te quiero
 Siempre que escucho campanas,
 Digo que tocan a muerto.
 Tú no me amabas, pero algo
 Daba esperanza a mi pecho,
 Y cuando yo me dormía
 Tú me besabas durmiendo.
 Ya no te miro como antes,
 Ya por las noches no sueño,
 Ni te esconden vaporosas
 Las cortinas de mi lecho.
 Antes de noche venías
 Destrenzado tu cabello,
 Blanca tu bata flotante,

Tiernos tus ojos de cielo;
 Lámpara opaca en la mano,
 Negro collar en el cuello,
 Dulce sonrisa en los labios
 Y un azahar en el pecho.
 Hoy, no me agito si te hablo
 Ni te contemplo si duermo,
 Ya no se esconde tu imagen
 En las cortinas del lecho.

* *

Ayer, ví a un niño en la cuna;
 Estaba el niño durmiendo,
 Sus manecitas muy blancas,
 Muy rizado su cabello.
 No sé por qué, pero al verle
 Vino otra vez tu recuerdo,
 Y al pensar que no me amaste,
 Sollozando le dí un beso.
 Luego, por no despertarle
 Me alejé quedo, muy quedo;
 ¡Qué triste que estaba el alma!
 ¡Qué triste que estaba el cielo!
 Volví a mi casa llorando
 Me arrojé luego en el lecho;
 Todo estaba solitario,
 Todo muy negro, muy negro!
 Como una tumba mi alcoba,
 La tarde tenue muriendo,

Mi corazón con el frío
 De los hogares desiertos!
 Busqué la flor que me diste
 Una mañana en tu huerto
 Y con mis manos convulsas
 La apreté contra mi pecho;
 Miré luego en torno mío
 Y la sombra me dió miedo....
 Perdóname, sí, perdóname,
 No te quiero, no te quiero!

1879.

LA NOCHE DE SAN SILVESTRE.

El libro abierto en la indolente mano,
 Entre azuladas espirales de humo
 El néctar apurando de un habano,
 Mientras las doce dan, espero y fumo.

He cerrado las puertas y balcones,
 Y arrojando mi cuerpo entumecido
 En medio de dos blancos almohadones,
 Los perezosos miembros he extendido.

Alegre el grillo en su agujero brinca,
 Helado cierzo sopla por afuera,

Y hasta parece a ratos que alguien hinca
 Su rodilla de hierro en la vidriera.

Dejo que el viento por entrar se esfuerce,
 Escucho cómo crujen los cristales,
 Y a veces una ráfaga retuerce
 Del humo las azules espirales.

Lámpara tenue débilmente alumbrá
 Las páginas del libro que no leo,
 Recortando medrosa en la penumbra
 Las figuras exóticas que veo.

Esta es la hora, Sueño, en que descienes
 Mientras los astros pálidos se cuelgan;
 Mientras las wilis danzan y los duendes
 De la atmósfera negra se descuelgan.

¡Vete! yo no te llamo. Gozo en verme
 Cubierto, Noche, por tu manto inmenso,
 Y mientras todo en la quietud se duerme
 Abro la urna de mi alma y pienso.

Surgen entonces de la oscura niebla
 Seres extraños que contemplo y toco,
 Y de mi alcoba el ámbito se puebla
 Con los espectros pálidos que evoco.

Hago luego que tristes o risueños
 Mis pensamientos ateridos salgan;
 Y llegan a mi espíritu los sueños
 Que en el corcel de la ilusión cabalgan.

Vienen a acompañarme; su cortejo
 En medio de las sombras aletea
 Y es entonces la atmósfera el espejo
 Que retrata las formas de mi idea.

Furtivo, vergonzante, mi pasado
 Se arropa en un rincón, entumecido,
 Y de lejos, el rostro enmascarado,
 Acecha el porvenir, como bandido.

Todos vienen a mí: ceñuda y negra
 La fantasma del mal que no concluye,
 Desde el recuerdo que la mente alegre
 Hasta el amor que viene, pasa y huye.

Todos, uno por uno, se levantan;
 La misteriosa procesión desfila,
 Y a esos espectros que la mente espantan
 Se afianza como inmóvil mi pupila.

Venid a mí; propicia os es la noche,
 Las doce dan, un año nuevo empieza,
 Abre la flor al céfiro su broche,
 Como abro yo mi alma a la tristeza.

La última brasa en el hogar se apaga,
 La temblorosa lámpara agoniza. . . .
 Hora es ya de que agites, sombra vaga,
 Tus brazos de esqueleto en la ceniza.

Sacude tu sopor. . . . a mi conjuro
 Crujen los goznes de la herrada puerta

Tibio fulgor proyéctase en lo obscuro.
 ¡Hola, turba fantástica, despierta!

*
 * *

Era rubia: su cuello transparente
 Ya sombreaba delicado vello;
 Un pétalo de lirio era su frente
 Y del color del ópalo su cuello.

Yo he visto en el rincón de una capilla
 Un cuadro más que místico, profano,
 En cuyas líneas delicadas brilla
 El colorido fresco del Ticiano.

Es una Magdalena: ya no sigue
 Mostrando sus impúdicos arreos,
 Pero aún implacable la persigue
 El liviano tropel de los deseos.

Tremenda debió ser aquella lucha,
 Lo revelan sus ojos y su porte
 Y con la oreja en tierra, triste escucha
 El estruendo lejano de la corte.

Los luengos pliegues de su ropa flotan
 Al soplo de la brisa pasajera,
 Y en las arenas áridas se azotan
 Los bucles de su rubia cabellera.

El sordo estruendo mundanal percibe,
 El rudo cardo sus rodillas hiere,

Y mientras aquel ruido dice: ¡vive!
Aquella soledad le dice: ¡muere!

Dios sabe por qué unión maravillosa
En mis sueños poéticos descuella,
Al lado de esa imagen, ruborosa,
Esa otra imagen de mis sueños: ¡jella!

Era alta también, y rubia y blanca,
Algo de reina en el mirar tenía;
Nunca su imagen de mi ser se arranca,
Que aquel era un amor que se imponía!

Más de una vez al contemplarla leve,
No lejos de la gótica vidriera,
Temí que como a virgen de alba nieve,
Un rayo de la luz la deshiciera.

Cuando el regio salón atravesaba
Con su porte gentil de gran señora,
Alzando la cabeza, semejava
La estatua de la Diana cazadora.

Enamorado el sol de sus hechizos
Quiso besar su inmaculada frente,
Tiñó de rosa el cutis transparente
Y en las redes quedóse de sus rizos.

Allí está: su hermosura soberana
Ilumina la luz del santuario,
Mientras piadosa y sin mirar desgrana
Las cuentas de su místico rosario.

Allí: su talle como acanto ondula,
Sus cabellos encréspanse soberbios,
Y un fluido magnético circula
Por la red misteriosa de sus nervios.

Soy joven; he obtenido sus amores,
Con la mirada trémula me llama:
¿Por qué se mueren las tempranas flores?
¿Por qué mi pobre espíritu no ama?

¡Oh, ven! es tiempo aún: yo haré que guarde
Mi corazón tu amor y lo sujete...
Yo quiero amar, vivir... es tarde, es tarde,
¡Vete,—yo no te quiero—vete, vete!

¡Ya estás aquí! Tú vienes, si conturba
Ese tropel fantástico mi calma;
No surges como aquella de la turba,
Brotas como perfume, de mi alma.

Cuando te alzastes en la sombra fría,
Como a todas las otras avergüenzas,
Yo miré cómo aquella se escondía,
Ocultándose el rostro con las trenzas.

Yo no sé si eres bella: yo te amo
Y la conciencia de este amor me basta,
Y en mis sueños poéticos te llamo
Con este nombre solamente: casta.

Aquí desde mi pecho me respondes,
Eres como una lámpara secreta,

Y cuando verte quiero te me escondes,
Como en sus anchas hojas la violeta.

Sé que brota en los cielos un lucero
Cada vez que los miras, vida mía,
Pero tal es mi amor, tanto te quiero,
Que sin esa belleza te amaría.

Cuando en la urna de mi amor te escondo
Allí dejo mi espíritu dormido,
Porque es tu corazón hondo, tan hondo,
Que en él mi pobre alma se ha perdido.

¡Oh! ven a coronar mis ilusiones,
Tú que a la diosa del poder igualas;
Necesita el amor dos corazones
Como el ligero pájaro dos alas.

* * *

Huyen medrosas las fantasmas todas,
Sus lentos pasos en la sombra sigo,
La luna alumbra nuestras castas bodas...
Ya estoy solo por fin... ¡solo contigo!

1879.

NADA ES MIO.

Me preguntas ¡oh, Rosa! ¿cómo escribo?
¿De qué manera, con menudas hojas,
Cintas de seda y pétalos de flores,
Voy construyendo estancia por estancia?
Yo mismo no lo sé! Como la tuya
Es, Rosa de los cielos, mi ignorancia!

Yo no escribo mis versos, no los creo;
Viven dentro de mí; vienen de fuera:
A ése, travieso, lo formó el deseo;
A aquél lleno de luz, la Primavera!

A veces en mis cantos colabora
Una rubia magnífica: la aurora!
Hago un verso y lo plagio sin sentirlo
De algún poeta inédito, del mirlo,
Del parlanchín gorrión o de la abeja
Que, silbando a las bellas mariposas,
Se embriaga en la taberna de las rosas.
Los versos que más amo, los que expresan
Mis ansias y mis íntimos cariños,

Esos versos que lloran y que besan,
¿Sabes tú lo que son? Risas de niños.

Otras veces me ayudan las estrellas
Y sus rayos de luz trazan en mi alma
Líneas celestes y figuras de oro.
Aquel soneto a Dios, es del Boyero:
De Sirio deslumbrante, esa cuarteta,
Y ese canto a la rubia que yo quiero
Fué escrito por la cauda del cometa.

Yo escucho nada más, y dejo abiertas
De mi curioso espíritu las puertas.
Los versos entran sin pedir permiso;
Mi espíritu es su casa: Dios los manda
Con cédula formal del Paraíso
Para que aloje a la traviesa banda.
Algunos a mis castas ilusiones
Escandalizan con su alegre charla:
Esos son los soldados, los dragones,
Los que trae, en su clámide sombría,
"Húmeda noche tras caliente día."
Otros de aquellos huéspedes pequeños
Se detienen muy poco: los risueños,
Cantan, mis penas con su voz consuelan,
Sacuden las alitas y se vuelan!

Los tristes. . . . ¡esos sí que son constantes!
Alguno como lúgubre corneja
Posada en la cornisa de la torre,
Mientras la noche silenciosa corre
Hace ya mucho tiempo que se queja!

No soy poeta: ya lo ves! en vano
Halagas con tal título mi oído,
Que no es zenzontle o rui señor el nido
Ni tenor o barítono el piano!

1884.

TRISTÍSSIMA NOX.

A MANUEL A. MERCADO.

I.

¡Hora de inmensa paz! Naturaleza,
Entregada en las horas de la noche
A insomnes trasgos y fantasmas fieros,
Breves instantes dormirar parece
En espera del alba. Cae el viento,
Con las alas inmóviles, en tierra:
Duerme la encina; el lobo soñoliento
Se tiende dócil y los ojos cierra.

Es el inmenso sueño, el sueño breve
Que no agitan las lluvias torrenciales,
Y sólo turban, en el duro invierno,
Lentas lloviznas o menuda nieve.
Es el inmenso sueño: paso a paso
La pantera que ha poco devoraba

A la mísera res, busca en silencio
 El hediondo cubil; ya no se oye
 De la culebra rápida el silbido,
 Y entre grandes lumbradas, que alimentan
 Las rajadas crepitantes de la encina,
 Recuéstase el viajero de los bosques
 Al lado de su vieja carabina.

Todo reposa: por los aires huye,
 Tras diabólica bruja, el ágil duende
 Se aproxima la luz, el mal concluye,
 Suben las almas y la paz descende.

II.

La noche es formidable: hay en su seno
 Formas extrañas, voces misteriosas;
 Es la muerte aparente de los seres,
 Es la vida profunda de las cosas.

Dios deja errar lo malo y lo deforme
 En las sombras nocturnas: de su encierro
 Salen brujas y fieras y malvados;
 En el dormido campo ladra el perro,
 Maulla el gato negro en los tejados.
 Pueblan el aire gritos estridentes:
 Ya de infeliz mujer es el quejido,
 Ya el troté de caballos invisibles
 O de salvaje hambriento el alarido;
 Plegarias, maldiciones y sollozos;
 Cantos de bardo; cláusulas tremendas

De indignado profeta; el grito agudo
 De las aves nictálopes que pasan
 El balar de la oveja en cuya nuca
 El leopardo feroz las uñas hinca;
 El confuso rumor de la hojarasca
 Que remueve el venado cuando brinca:
 Choque de escobas que en el aire azotan
 Las malévolas brujas, y clamores
 De dolientes espíritus que flotan
 Como cuerpos de niebla entre las flores;
 Todo en violento remolimo sube
 Y al viajador errante aterroriza;
 Todo en el aire negro se propaga,
 Cuaja la sangre y el cabello eriza!
 Bocas sin cuerpo gritan en la sombra;
 Cruje la puerta de reseca tabla;
 Los diablos llaman, el pavor nos nombra,
 El monte quiere huir y el árbol habla.

III.

La noche es formidable: las pupilas
 Que en su profunda obscuridad se abren,
 Aparecen sangrientas en el lobo,
 De amarillo color en la lechuza.
 Todas despiden luces infernales
 E iluminan la marcha silenciosa
 Del gato montaraz y los chacales,
 La astuta comadreja y la raposa.

Sólo el fósforo brilla: en esos ojos
 Que ardientes lucen como vivas fraguas,
 En los fuegos errantes de los aires,
 En las ondas plomizas de las aguas.
 Cuando la luz expira, el color duerme:
 Lo que vive en la sombra es negro o pardo,
 Tiene las cerdas ásperas del oso
 O las manchas oscuras del leopardo.
 Las plumas de los pájaros nocturnos
 Con la densa tiniebla se confunden,
 Y cual delgadas láminas, hirsutas,
 En la carne se hunden.
 Cuanto en la noche tenebrosa alienta
 Es tardo en el andar, torpe en el vuelo:
 La serpiente lucífuga se arrastra;
 En el alto ciprés se pára el buho;
 El cuervo acecha, lo que vuela baja,
 Y, cautelosa, la terrible hiena
 Despacio marcha y vigorosa encaja
 Las garras inflexibles en la arena.

IV.

La noche no desciende de los cielos,
 Es marea profunda y tenebrosa
 Que sube de los antros: mirad cómo
 Aduénase primero del abismo
 Y se retuerce en sus verdosas aguas.
 Sube, en seguida, a los rientes valles,
 Y, cuando ya domina la planicie,

El sol, convulso, brilla todavía
 En la torre del alto campanario,
 Y en la copa del cedro, en la alquería,
 Y en la cresta del monte solitario.

Es náufraga la luz: terrible y lenta
 Surge la sombra: amedrentada sube
 La triste claridad a los tejados,
 Al árbol, a los picos elevados,
 A la montaña enhiesta y a la nube!
 Y cuando al fin, airosa la tiniebla
 La arroja de sus límites postreros,
 En pedazos, la luz, el cielo puebla
 De soles, de planetas y luceros!

V.

Y con ellas se van la paz amiga,
 La dulce confianza, el noble brio,
 De quien, alegre, con vigor trabaja;
 Y para consolarlos, mudo y frío,

Con sus alas de bronce el sueño baja.
 Entonces todo tímido se oculta:
 En el establo, los pesados bueyes;
 En el aprisco, el balador ganado;
 En la cuna pequeña, la inocencia;
 En su tranquilo hogar el hombre honrado
 Y el recuerdo impasible, en la conciencia!

Mil temores informes y confusos
 Del hombre y de los brutos se apoderan;
 En la orilla del nido, vigilante,
 El ave guarda el sueño de su cría
 Y esconde la cabeza bajo el ala;
 El noble perro con mirada grave
 Interroga la sombra y ver procura;
 Los caballos, piafando, se encabritan
 Y con pavor o sobresalto evitan
 Los altos montes y la selva oscura.

Si en la extensa llanada le sorprende
 Con su cortejo fúnebre la noche,
 El potro joven a su hermano busca
 Y en su lomo descansa la cabeza.
 Todo tiende a juntarse en esta hora,
 Todo en la vasta soledad se hermana,
 Hasta que alegre, la triunfal diana
 En el áureo clarín toca la aurora!

VI.

También el alma se compunge ¡oh noche!
 En tu ébano profundo. ¡Cuántas fieras,
 A tu favor alzándose, ya graznan
 Como torvas lechuzas; ya semejan
 Endriagos fabulosos; ora rugen,
 Ora con voz tristísima se quejan.
 Son los sueños: habitan las cavernas
 Invisibles del aire, o bien se ocultan

Dentro del propio sér; la luz evitan,
 Y para ser visibles y palpables
 El fondo de la noche necesitan.

Se acercan: con sus garfios y tenazas
 De retorcido bronce, al lecho llegan,
 Y a nuestra boca, trémula de espanto,
 Labios helados y viscosos pegan.
 Este, iracundo, con sus pies de cabra
 Las sábanas araña; aquél, riendo,
 Muestra los agudísimos colmillos;
 Ese, felino monstruo, nos contempla
 Con sus enormes ojos amarillos.

Ya el toro rebramando nos persigue
 Ya, vivos, en la fosa nos entierran;
 Ya, como el ave, rápidos hendemos
 El aire tenue, cuando abrupto flanco
 Destroza nuestras alas y caemos
 Al fondo pedregoso del barranco.

Otras veces también, sombras dolientes
 Por soberano astrólogo evocadas,
 Pasan ante los ojos impacientes
 Las figuras amadas;
 La madre que del seno de la fosa
 Nos llama, y acorrerla no podemos;
 El padre ausente, la culpable esposa
 Que en otros brazos iracundos vemos!
 Y si en lienzo obscuro se perfila
 La casta sombra de la amada muerta,

Huye el sueño veloz de la pupila,
Y el dolor sollozando, se despierta!

VII.

En medio de la horrible pesadilla
Trazan, a veces, los traviosos duendes
Grotesca historia, lances inconexos,
Figuras que parecen retratadas
En espejos convexos.
Como frisos de gnomos que entrelazan
Canijas piernas, en tumulto cruzan
Enanos retozones que se abrazan
Y en el aire sus miembros desmenuzan.
Ata nuestra garganta férreo nudo,
Y entre el bullicio de la turba loca
Sentimos del murciélago velludo
Las repugnantes alas en la boca.

VIII

Cuando al enfermo espíritu no asaltan
Pueriles y fantásticos terrores,
Basta para amargar nuestra vigilia
El recuerdo tenaz de los dolores.
En tanto que la luz el cielo inunda,
Dormitan en sus celdas los recuerdos;
Mas, como hileras de callados monjes
Que el claustro cruzan y a rezar maitines,
Calada la capucha, entran al coro,

Así, ceñudos los recuerdos vienen
Cuando la noche lúgubre promedia,
Y torvos junto al lecho se detienen
Levantando sus cantos de tragedia.

IX

¡Ah! ¡Con cuánta ansiedad espera el alma,
Como el árbol y el pájaro, la hora
Que sobresaltos y temores calman,
Luctuosa madre de la rubia aurora!
También la prisionera, la cautiva
Del miserable cuerpo, luz desea,
Como la flor que en sótanos oscuros,
Buscando la enrejada claraboya,
Trepas difícilmente por los muros.

Un sosiego infinito se difunde
En alcobas y campos: el enfermo
Cierra, por fin, los párpados cansados;
Y la esposa, que vela diligente,
Ahogando los sollozos de su pecho,
Deja ya de rezar, dobla la frente,
Y duerme fatigada al pie del lecho.

Todo es blando rumor: en la cornisa
La golondrina matinal gorjea,
Y alegre llama a la primera misa
La aguda campanita de la aldea.
Cerrado está el cancel, la iglesia obscura;

Pero ya se oye en la pequeña nave
 La tos cascada del anciano cura
 Y el rechinar de la vetusta llave.
 Se aproxima la luz: el gallo canta:
 Pronto al primer agudo cacareo
 Otro en la casa próxima contesta,
 Y luego cien y mil: la ranchería,
 Las dispersas cabañas, los corrales,
 Elevan la sonora greguería
 Con que saludan el albor del día
 Los vigilantes gallos matinales.
 A la voz de la alondra en los encinos
 Los zenzontles contestan: los pinzones
 Con las tórtolas charlan en los pinos,
 Y en el fresno rebullen los gorriones.
 El leñador, de cuyo fuerte cincho
 El hacha cuelga, deja su cabaña;
 Y suena y se propaga en la montaña
 De los nobles caballos el relincho.
 El toro lentamente se endereza,
 Alza el testuz, sacude la cabeza,
 Y prorrumpe en mugido prolongado.
 Corre el ágil lebrel. Madrugadores,
 Se alejan los alegres cazadores
 Por los límites verdes del poblado.

X

¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh día!
 A tí se vuelve la creación entera!

De tu mirada brota la alegría;
 De tu beso nació la primavera!
 No apareces aún y ya presente
 Tú aparición la tierra jubilosa:
 Escucha tus pisadas en la cumbre
 Del nevado volcán; por cada poro
 Quiere absorber la matinal frescura,
 Y en tanto Venus sus pestañas de oro
 Abre curiosa en la celeste altura.

No apareces aún, y todo canta!
 Impaciente la vida ya despierta,
 Más temprano que el alba se levanta:
 Para esperarte ¡oh virgen! en la puerta.
 Te precede el perfume: los jilgueros
 Se empinan en las ramas temblorosas.
 Y tus heraldos, leves y ligeros,
 Van derramando perlas en las rosas!
 En la alcoba que aún tan sólo espías,
 Bocas enamoradas cuchichean,
 Y en los encajes de la luz que envías
 Almas de nuevos seres aletean.
 Solícitas bajando por las lomas
 A la luz del lucero matutino,
 Corren las brisas esparciendo aromas
 En la atmósfera azul de tu camino.
 Y como lluvia de purpúreas flores
 Caída de las pálidas estrellas,
 Bajan los sueños lúbricos, de amores,
 Al lecho virginal de las doncellas!

XI

¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh día!
 La tierra, como casta desposada
 Que espera, en el umbral de la alquería,
 De blancos azahares coronada,
 Púdica y amorosa se estremece;
 Los niveos brazos en el pecho junta,
 Y con trémula voz, que desfallece,
 Por su amado, a los céfiros pregunta.

¡Vas a llegar! Estremecida y muda
 La novia espera en el hogar abierto;
 Y con voz formidable te saluda
 El soberbio elefante en el desierto.
 El carro solitario de la Osa
 Halla en el mar incógnita guarida,
 Y, vencedora al fin, surges radiosa
 ¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh vida!

1884.

LA DUQUESA JOB.

A MANUEL PUGA Y ACAL.

En dulce charla de sobremesa,
 Mientras devoro fresa tras fresa
 Y abajo ronca tu perro Bob,
 Te haré el retrato de la duquesa
 Que adora a veces el duque Job.

No es la condesa que Villasana
 Caricatura, ni la poblana
 De enagua roja, que Prieto amó;
 No es la criadita de pies nudosos,
 Ni la que sueña con los gomosos
 Y con los gallos de Micoló.

Mi duquesita, la que me adora,
 No tiene humos de gran señora:
 Es la griseta de Paul de Kock.
 No baila *Boston*, y desconoce
 De las carreras el alto goce,
 Y los placeres del *five o'clock*.

Pero ni el sueño de algún poeta,
Ni los querubes que vió Jacob,
Fueron tan bellos cual la coqueta
De ojitos verdes, rubia griseta
Que adora a veces el duque Job.

Si pisa alfombras, no es en su casa,
Si por Plateros alegre pasa
Y la saluda Madam Marnat,
No es, sin disputa, porque la vista,
Sí porque a casa de otra modista
Desde temprano rápida va.

No tiene alhajas mi duquecita,
Pero es tan guapa y es tan bonita,
Y tiene un cuerpo tan *v'lan* tan *pschutt*,
De tal manera trasciende a Francia
Que no la igualan en elegancia
Ni las clientes de Hélene Kossut.

Desde las puertas de la Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
No hay española, yankee o francesa
Ni más bonita, ni más traviesa
Que la duquesa del duque Job.

¡Cómo resuena su taconeo
En las baldosas! ¡Con qué meneo
Luce su talle de tentación!
¡Con qué airecito de aristocracia
Mira a los hombres, y con qué gracia
Frunce los labios—¡Mimí Pinson!

Si alguien la alcanza, si la requiebra,
Ella, ligera como una cebra,
Sigue camino del almacén;
Pero ¡ay del tuno si alarga el brazo!
Nadie le salva del sombrillazo
Que le descarga sobre la sien!

¡No hay en el mundo mujer más linda!
Pie de andaluza, boca de guinda,
Esprit rociado de *Veuve Clicqot*;
Talle de avispa, cutis de ala,
Ojos traviosos de colegiala
Como los ojos de Louise Theo!

Agil, nerviosa, blanca, delgada,
Media de seda bien restirada,
Gola de encaje, corsé de ¡crac!
Nariz pequeña, garbosa, cuca,
Y palpitantes sobre la nuca
Rizos tan rubios como el cognac.

Sus ojos verdes bailan el tango;
Nada hay más bello que el arremango
Provocativo de su nariz!
Por ser tan joven y tan bonita,
Cual mi sedosa, blanca gatita,
Diera sus pajes la emperatriz.

¡Ah! tú no has visto cuando se peina,
Sobre sus hombros de rosa reina
Caer los rizos en profusión!
Tú no has oído qué alegre canta,

Mientras sus brazos y su garganta
De fresca espuma cubre el jabón!

¡Y los domingos!.....¡Con qué alegría
Oye en su lecho bullir el día
Y hasta las nueve quieta se está!
¡Cuál se acurruca la perezosa,
Bajo la colcha color de rosa,
Mientras a misa la criada va!

La breve cofia de blanco encaje
Cubre sus rizos, el limpio traje
Aguarda encima del canapé;
Altas, lustrosas y pequeñitas,
Sus puntas muestran las dos botitas,
Abandonadas del catre al pie.

Después ligera, del lecho brinca,
¡Oh quién la viera cuando se hince
Blanca y esbelta sobre el colchón!
¿Qué valen junto de tanta gracia
Las niñas ricas, la aristocracia,
Ni mis amigas de cotillón?

Toco; se viste; me abre; almorzamos;
Con apetito los dos tomamos
Un par de huevos y un buen beefsteak,
Media botella de rico vino,
Y en coche juntos, vamos camino
Del pintoresco Chapultepec.

.....
.....

Desde la puerta de la Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
No hay española, yankee o francesa,
Ni más bonita ni más traviesa
Que la duquesa del duque Job!

1884.

MARIPOSAS.

A J. M. BUSTILLOS.

Ora blancas cual copos de nieve,
Ora negras, azules o rojas,
En miriadas esmaltan al aire
Y en los pétalos frescos retozan.
Leves saltan del cáliz abierto,
Como prófugas almas de rosas,
Y con gracia gentil se columpian
En sus verdes hamacas de hojas.
Una chispa de luz les da vida
Y una gota al caer las ahoga;
Aparecen al claro del día,
Y ya muertas las halla la sombra.

¿Quién conoce sus nidos ocultos?
¿En qué sitio de noche reposan?

Las coquetas no tienen morada!
 Las volubles no tienen alcoba!
 Nacen, aman, y brillan y mueren,
 En el aire, al morir se transforman,
 Y se van, sin dejarnos su huella,
 Cual de tenue llovizna las gotas.
 Tal vez unas en flores se truecan,
 Y llamadas al cielo las otras,
 Con millones de alitas compactas
 El arco-iris espléndido forman.
 Vagabundas, ¿en dónde está el nido?
 Sultancita, ¿qué harem te aprisiona?
 ¿A qué amante prefieres, coqueta:
 ¿En qué tumba dormís, mariposas!

* * *

¡Así vuelan y pasan y expiran
 Las quimeras de amor y de gloria,
 Esas alas brillantes del alma,
 Ora blancas, azules o rojas!
 ¿Quién conoce en qué sitio os perdisteis,
 Ilusiones que sois mariposas?
 ¡Cuán ligero voló vuestro enjambre
 Al caer en el alma la sombra!
 Tú, la blanca, ¿por qué ya no vienes?
 ¿No eras fresco azahar de mi novia?
 Te formé con un grumo del cirio
 Que de niño llevé a la parroquia;

Eras casta, creyente, sencilla,
 Y al posarte temblando en mi boca,
 Murmurabas, heraldo de goces,
 “¡Ya está cerca tu noche de bodas!”

Ya no viene la blanca, la buena!
 Ya no viene tampoco la roja,
 La que en sangre teñí, beso vivo,
 Al morder unos labios de rosa!
 Ni la azul que me dijo: ¡poeta!
 Ni la de oro, promesa de gloria!
 ¡Ha caído la tarde en el alma!
 ¡Es de noche . . . ya no hay mariposas!
 Encended ese cirio amarillo . . .
 Ya vendrán en tumulto las otras,
 Las que tienen las alas muy negras
 Y se acercan en fúnebre ronda!
 Compañeras, la cera está ardiendo;
 Compañeras, la pieza está sola!
 Si por mi alma os habéis enlutado,
 Venid pronto, venid, mariposas!

1887.

PARA UN MENU.

Las novias pasadas son copas vacías;
 En ellas pusimos un poco de amor;
 El néctar tomamos ... huyeron los días....
 ¡Traed otras copas con nuevo licor!

Champagne son las rubias de cutis de azalia;
 Borgoña los labios de vivo carmín;
 Los ojos oscuros son vino de Italia,
 Los verdes y claros son vino del Rhin!

Las bocas de grana son húmedas fresas;
 Las negras pupilas escancian café,
 Son ojos azules las llamas traviesas.
 Que trémulas corren como almas del te!

La copa se apura, la dicha se agota;
 De un sorbo tomamos mujer y licor....
 Dejemos las copas.... Si queda una gota,
 Que beba el lacayo las heces de amor!

1888.

LA MISA DE LAS FLORES.

A RICARDO DOMINGUEZ.

...*Que fais-tu là? me dit Virgile.*
 ...*Maitre, je mets Pégase au vert.*

VICTOR HUGO.

Boileau se queda en el aula
 Y Voltaire en la ciudad.
 ¡Musa, al campo! ¡Abre la jaula!
 ¡Señores versos, entrad!

—
 Alce la ola en el bosque
 Su deslumbrante oriflama;
 Que la sátira se enrosque
 Y que brinque el epigrama.

—
 Beba el madrigal coqueto
 En los lirios vino blanco,
 Y pensativo el soneto
 Descanse en rústico banco.

Tenue, frígido remusgo
Entre los alcógres sopla;
¡Cuántas perlas en el musgo
Hay para tu cuello, copla!

Despierta, perezosilla:
Despierta que viene el alba....
Para hacerte una sombrilla
Cortó Robín esta malva.

Deja tu alcoba: el jazmín
No en blando reposo olvides
Que te aguarda tu escarpín,
Tu pequeño no me olvides.

La persiana de cristal,
Que anoche tejió la escarcha
En tu cámara nupcial
Rompe de un soplo, ¡y en marcha!

Ya no triste soliloquia
El nocturno rui señor,
Y el gorrión madrugador
Llama a misa en la parroquia.

Vamos al templo. Hoy es fiesta,
Tulipán dirá el sermón;

En la misa, gran orquesta;
Y en la tarde, procesión.

Palomas y codornices,
Con hojitas de azahares
Remiendan sobrepellices
Y componen los altares.

Un pobre topo, el más mandria
Y apocado, barre el coro.
¡Hoy va a cantar la calandria,
La calandria de voz de oro!

Será el zentzontle, tenor;
Jilguero, primer violín;
Y maestro director
El arrogante clarín.

La pila de agua bendita
Que está en el rincón unbrío,
Es silvestre margarita
Llena de fresco rocío.

El candelabro mayor
Es una hermosa araucaria,
Y aquel altar, siempre en flor,
Es de santa pasionaria.

Mil cazoletas de almendro
 Perfuman el tabernáculo;
 Ya viene con mitra y báculo
 Monseñor el rododendro.

Van, los breves aretillos,
 Repicando cascabeles,
 Y detrás, rojos claveles
 Vestidos de monaguillos.

Doble sarta de corales
 Parecen: mira al monago
 Que marcha entre dos ciriales
 Y alza la cruz de Santiago.

Otro, guapo y petimetre
 Va con acetre e hisopo,
 Y el hisopo de su acetre
 Es un pompón de heliotropo.

Del coro bajo en las rejas,
 Absortas en sus plegarias,
 Se agrupan las trinitarias
 Que tienen caras de viejas.

¿No miras los blancos cirios
 De plateadas escamas?

Son encarrujados lirios,
 Y de myrtho son las llamas.

A la camelia patricia
 Y a la azálea pizpireta
 Ve azucena la novicia
 Con sus ojos de violeta.

En un sitio la dahalia
 Como priora se esponja,
 Mientras la tórtola monja
 Entra de sayo y sandalia.

Abajo, frescas irídeas
 Cubren la arena del piso;
 Y forman árido friso
 En los muros las orquídeas.

¿No oíste parar un coche?
 Es del alcalde. ¡Qué gruesa
 Va la señora alcaldesa
 Con su dondiego de noche!

En cambio, ¡qué jubilosas,
 Qué frescas y qué elegantes
 Están las jóvenes rosas!
 ... ¡Qué indevotos sus amantes!

Aquél que de negro viste,
 El de las grandes ojeras,
 Es un pensamiento triste. . . .
 ¡Sufre mucho! ¡Si supieras!

—
 Mas ¡silencio! ¡De rodillas!
 Ya el monago de roquete
 Girar hace el rehilete
 De azulinas campanillas.

—
 Parece el altar brillante
 Ascua de plata inflamada:
 ¡Ya levanta el oficiante
 La gardenia inmaculada!

—
 Luego, una ráfaga fría
 Súbita baja del coro
 Y apaga la luz que ardía
 En el gran trébol de oro.

—
 Los rojos myrthos, prendidos
 En los cirios, azulean,
 Se retuercen, parpadean
 Y quédanse al fin dormidos.

—
 Sus pábilos en hilera
 Simulan negro rosario:

Por la torcida escalera
 Baja el cuervo al santuario.

—
 Frente al sagrario se hinca,
 El agudo pico tiende
 Y, lámpara azul, se enciende,
 Tremulante, la pervinca.

—
 Salgamos: la muda selva
 Derrama dulce beleño,
 Y esparce la madreselva
 Su apacible olor de sueño.

—
 Cierran las flores su broche;
 Calla la breve campana:
 Flores nuevas, buenas noches;
 Musa azul, hasta mañana.

¡CASTIGADAS!

Como turba de alegres chiquillas
 que en tropel abandonan la escuela,
 y cantando, cual pájaros libres,
 a su casa de tarde regresan,
 tras el largo trabajo del día,
 siempre vivas, garbosas y frescas,
 regresabais a mi alma, ilusiones,
 coronadas de mirto y verbena.
 ¡Qué de flores hermosas traíais!
 ¡Cuán henchida de frutas la cesta!
 En los labios, ¡qué risas tan dulces!
 En el alma, ¡qué nobles promesas!
 Aun os miro, mis pobres hijitas,
 impacientes tocar a la puerta,
 y con ansia de hacerme cariños
 muy aprisa subir la escalera.
 —¿Qué me traes, botoncito de rosa?
 —Este ramo de azules violetas. . . .
 —¿Qué me da la señora de casa?
 —Su boquita de grana que besa.
 —Ya venís de cazar mariposas;

os aguarda caliente la cena,
 y mañana, cantando felices,
 volveréis muy temprano a la escuela.

*
* *

Hoy despacio venís y enlutadas,
 poco a poco subís la escalera,
 con los párpados tiernos muy rojos,
 huerfanitas, calladas y enfermas.
 Ilusiones! qué mala es la vida!
 la esperanza del bien ¡qué embustera!
 y ¡cuán tristes, con cuánto cansancio
 volveréis de mañana a la escuela!

*
* *

Ni una flor en el búcaro roto
 Los que vienen aquí se las llevan!
 Como todo en la casa está triste,
 las palomas huyeron ligeras!
 Ya no agitan sus alas de nieve,
 despertando a la luz mis ideas;
 no son aves de rico plumaje,
 no retozan, ni cantan, ni vuelan!
 ¿No lo veis? Por un claustro sombrío
 en la noche silente, atraviesan,
 con la toca y el hábito negros
 y en las manos la pálida vela.
 Van al coro sin verse ni hablarse,
 sola, obscura, se mira la iglesia

¡Cuán heladas las losas de mármol
y cuán dura la fúnebre reja!
¡Oh mis monjas! del mundo olvidadas
paso a paso volvéis a la celda,
y en el lecho, cruzados los brazos,
silenciosas quedáis como muertas.

* * *

¿Por qué en monjas de lúgubres tocas
se trocaron las niñas traviesas?
Ilusiones, ¿por qué os castigaron?
¡Pobrecitas!.....yo sé que sois buenas.
Sólo amor y ternura pedíais,
sólo os dieron engaño y tristeza;
Ilusiones!.....¿por qué os castigaron?
¡Pobrecitas!.....yo sé que sois buenas!

1889.

DE BLANCO.

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Qué cosa más pura que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
¿Qué cosa más santa que el ara divina
De gótico altar?

De blancas palomas el aire se puebla;
Con túnica blanca, tejida de niebla,
Se envuelve a lo lejos feudal torreón;
Erguida en el huerto la trémula acacia
Al soplo del viento sácude con gracia
Su niveo pompón!

¿No ves en el monte la nieve que albea?
La torre muy blanca domina la aldea,
Las tiernas ovejas triscando se van;
De cisnes intactos el lago se llena,
Columpia su copa la enhiesta azucena
Y su ánfora inmensa levanta el volcán.

Entremos al templo: la hostia fulgura;
De nieve parecen las canas del cura,
Vestido con alba de lino sutil;
Cien niñas hermosas ocupan las bancas,
Y todas vestidas con túnicas blancas
En ramos ofrecen las flores de Abril

Subamos al coro: la virgen propicia
Escucha los rezos de casta novicia
Y el cristo de mármol expira en la cruz;
Sin mancha se yerguen las velas de cera;
De encaje es la tenue cortina ligera
Que ya transparenta del alba la luz.

Bajemos al campo: tumulto de plumas
Parece el arroyo de blancas espumas
• Que quieren, cantando, correr y saltar;

Su airosa mantilla de fresca neblina
Terció la montaña; la vela latina
De barca ligera se pierde en el mar.

Ya salta del lecho la joven hermosa
Y el agua refesca sus hombros de diosa,
Sus brazos ebúrneos, su cuello gentil;
Cantando y risueña se ciñe la enagua
Y trémulas brillan las gotas del agua
En su árabe peine de blanco marfil.

¡Oh mármol! ¡Oh nieves! ¡Oh inmensa blancura
Que esparces doquiera tu casta hermosura!
¡Oh tímida virgen! ¡Oh casta vestal!
Tú estás en la estatua de eterna belleza;
De tu hábito blando nació la pureza,
¡Al ángel das alas, sudario al mortal!

Tú cubres al niño que llega a la vida,
Coronas las sienas de fiel prometida,
Al paje revistes de rico tisú.
¡Qué blancas son, reinas, los mantos de armiño!
¡Qué blanca es, ¡oh madres! la cuna del niño!
¡Qué blanca, mi amada, qué blanca eres tú!

En sueños ufanos de amores contemplo
Alzarse muy blancas las torres de un templo
Y oculto entre lirios abrirse un hogar;
Y el velo de novia prenderse a tu frente,
Cual nube de gasa que cae lentamente
Y viene en tus hombros su encaje a posar.

PARA EL CORPIÑO.

Las campánulas hermosas
¿Sabes tú qué significan?
Son campanas que repican
En las nupcias de las rosas.
—Las campánulas hermosas
Son campanas que repican!

¿Ves qué rojas son las fresas?
Y más rojas si las besas!
¿Por qué es rojo su color?
Esas fresas tan suaves,
Son la sangre de las aves
Que asesina el cazador!
Las violetas pudorosas
En sus hojas escondidas,
Las violetas misteriosas,
Son luciérnagas dormidas.
¿Ves mil luces cintilantes
Tan brillantes cual coquetas,
Nunca fijas, siempre errantes?

...¡Es que vuelan las violetas!
 La amapola, ya es casada;
 Cada mirto es un herido:
 La gardenia inmaculada
 Es la blanca desposada
 Esperando al prometido!
 Cuando flores tú me pides
 Yo te mando "¡no me olvides!"
 Y esas flores pequeñas
 Que mi casto amor prefiere,
 Á las blancas margaritas
 Les preguntan: ¿no lo quiere?—
 "¡No me olvides!" Frescas flores
 Te prodigan sus aromas,
 Y en tus hombros seductores
 Se detienen las palomas.
 ¡No hay invierno! ¡No hay tristeza!
 Con amor, Naturaleza
 Todo agita, todo mueve
 Luz difunde, siembra vidas...
 ¿Ves los copos de la nieve?
 ¡Son palomas entumidas!
 Tiene un alma cuanto es bello;
 Los diamantes,
 Son los trémulos amantes
 De tu cuello!
 La azucena que te envió
 Es novicia que profesa
 Y tu boca es una fresa
 Empapada de rocío!

Buenos dioses tutelares
 ¡Dadme ramos de azahares!
 ...Si me muero, dormir quiero
 Bajo flores compasivas...
 ¡Si me muero, si me muero,
 Dadme muchas siemprevivas!

1887.

UMBRIA.

A ANTONIO DE LA PEÑA Y REYES.

Entre los copados fresnos
 De verde y espesa fronda,
 A la hora de la siesta,
 ¡Cuán apacible es la sombra!
 ¡Qué grato es colgar la hamaca
 De las ramas vigorosas
 Y sentir, al columpiarse,
 Cómo erujen y se doblan!
 Con su abanico las brisas
 Mueven las húmedas hojas
 Salpicando de brillantes
 Los capullos de las rosas;
 Y los álamos enhiestos
 Que los ribazos decoran
 Tienden su mantilla blanca
 Sobre el cristal de las ondas!
 La hamaca se balancea,

Como gallarda criolla
 Que en los brazos de su amante
 A la danza se abandona;
 Y entre sus mallas tendido
 Con indolencia sabrosa,
 Dormita el joven poeta
 Soñando amores y gloria...
 Bajo los copados fresnos
 ¡Cuán apacible es la sombra!

Para tiernos amadores,
 Para doncellas hermosas,
 Cuando la tarde se muere
 ¡Qué buena amiga es la sombra!
 Cierra a la luz las pupilas,
 Y así no mira celosa
 Cómo se juntan los pechos,
 Cómo se besan las bocas.
 ¡Qué bien saben las caricias
 Que en la obscuridad se roban
 Mientras la anciana sirviente
 Enciende la veladora!
 O al regresar de un paseo
 Por la calle obscura y sola
 ¡Besar de pronto los rizos
 Que en albo cuello retozan!
 Entonces la blanca virgen
 Con más languidez se apoya
 En el brazo, que temblando
 Un seno mórbido toca..

Cuando la tarde se muere
 ¡Qué buena amiga es la sombra!

Pero ¡ay! qué mala y artera,
 ¡Qué sepulcral y qué torva,
 Para quien teme desdichas
 Y penas íntimas llora!
 Viene, enlutada, siniestra,
 Y entra al hogar silenciosa,
 Y en el ruedo, antes alegre,
 Sin hablar, asiento toma.
 Y apaga luces y risas,
 ¡Cuanto brilla, cuanto goza,
 Claridad de ojos azules
 Y fulgor de trenzas blondas!
 ¿Qué malas nuevas nos traes?
 Dí ¿por quién vienes, ladrona?..
 Para quien desgracias teme
 ¡Qué mala amiga es la sombra!

No es verde, como en la siesta
 Bajo el dosel de las hojas,
 Ni como al caer la tarde
 Tiene palidez de novia.
 Es la hermana de la muerte,
 La falaz encubridora,
 No la que baja del cielo,
 La que surge de las fosas.
 ¡Las otras son luz dormida.....
 Pero ésta sí que es la sombra!

EN EL ALBUM DE UNA DAMA

PRIMERA PÁGINA

—Señora: ya está abierta la arábica ventana!
 Abrirla me ordenaste y presto obedecí.—
 Ahora ya que inunde la luz de la mañana
 Tu camarín de raso, tu alcoba de sultana...
 El paje se retira: tus órdenes cumplí.
 No impiden ya las altas vidrieras de colores
 Que a tu retrete lleguen las almas de las flores,
 Los cantos de las aves, los ecos del laúd;
 De tu soberbio alcázar la puerta ya está franca
 Al viejo peregrino, a la novicia blanca,
 Al trovador errante que de su lira arranca
 ¡Mil himnos armoniosos de eterna juventud!
 Seré, si tú lo quieres, su heraldo vocinglero,
 Y te diré los nombres de cada caballero
 Que el puente levadizo pretenda atravesar;
 Con mi clarín de plata te anunciaré si llega
 El príncipe de Atenas en su carroza griega,
 O el arrogante y rudo Rodrigo de Vivar.
 Que lleguen a admirarte tus huéspedes, señora:
 El mago de Circasia, la reina de Bassora,

El opulento obispo y el pálido prior;
 Yo sólo abrí las puertas y preparé la entrada;
 Por el rastrillo, al noble; por la ventana, al Hada;
 Y por la azul escala, de seda recamada,
 ¡Al verso que te busca cual joven trovador!
 Alcázar es tu álbum: sus altos torreones
 Habitan golondrinas y rondan los halcones...
 El agorero buho jamás reposa allí!
 De gasa plateada revístelos la luna
 Y cuando el sol despierta, dorando la laguna,
 Les prende de los hombros un manto carmesí.
 En los marmóreos patios rebullen los vasallos,
 Y piafan orgullosos los árabes caballos,
 Y brillan los estoques y duerme el arcabuz;
 Por ver a las meninas esfuérganse los pajes,
 Y agítanse las plumas y tiemblan los encajes,
 Y en los bordados áureos de los lucientes trajes
 Se truecan en diamantes los átomos de luz.
 Asoma a tu ventana: contempla los jardines,
 Los bosques de naranjos, los húmedos jazmines
 En cuyas hojas calma su sed el ruiñeñor:
 El chorro de la fuente que cae desalentado,
 Llorando y ya sin fuerzas, cual pobre enamorado
 Que en vano subir quiso a donde está su amor.
 ¡Verás cómo se alegran en sus pequeños nidos
 Los pájaros canoros que estaban entumidos,
 Y piensan, si los miras, que empieza a amanecer;
 Verás cómo te busca la inquieta mariposa
 Y oirás, cómo, volando, te dice que eres rosa,

Y aunque la riñas mucho, por terca y caprichosa,
Verás cómo tampoco le puedes convencer!

¡Cantad en estas hojas, oh pájaros poetas!
¡Venid aquí a esconderos, oh tímidas violetas!
¡Oh príncipes y bardos! en el castillo entrad,
¡Abierta quedó, alondras, la arábigo ventana!
¡Viajeras golondrinas, ya apunta la mañana!
Venid y en estas torres esbeltas, anidad.

.....
.....
El paje se retira: no suenan en la alfombra
Sus pasos, y se mira su vacilante sombra
Cruzar los gobelinos del gótico salón:
Después se aleja y huye por el jardín callado...
¡Oh rruiseñor que cantas en el gentil granado,
... Ya brillan los luceros: preludia tu canción!

1883.

SALMO DE VIDA

A LA SEÑORITA LUISA MERCADO.

Ya volvéis, mis amantes golondrinas;
Ya regresáis de vuestro largo viaje
Y en el atrio del templo, peregrinas,
Se estremece de júbilo el follaje.

De la rama que lenta balancea
Vuestros cuerpos ligeros,
Saltáis hasta el pretil de la azotea
O a los pardos aleros.
Y los santos de piedra, que en los nichos
De la vecina iglesia se levantan.
¡Parecen someterse a los caprichos
De las cosas que cantan!
Vuestro revuelto pabellón parlero,
Juega del santuario en la cornisa,
Y, despertando al viejo campanero,
Le dice:

—¡Perezoso, llama a misa!

—
Ya vuelves, Primavera,
Ya vuelves con tu séquito de amores,
Y se oculta en los fresnos vocinglera
La turba de los pájaros cantores.
Ya vuelves, coquetuela fugitiva,
Y, al rumor de tus gráciles pisadas,
Huyen las penas, el amor se aviva,
Y se buscan los silfos y las hadas.

¡Por qué no vuelve en tu cortejo hermoso,
Entre flores y luz mi poesía?
¿Fui su amante? Tal vez.... Tal vez su esposo...
¡Pero me dice el alma que fué mía!
Recuerdo que en campestres excursiones,
Para expresar mis ansias más secretas,

Me prestaban sus versos los gorriones
Y algunos consonantes las violetas.
El hábil mirlo y el pichón sedeño,
La matinal alondra y la paloma,
Mientras vagaba triste en algún sueño,
Me daban versos murmurando:

—¡Toma!

Hoy esas buenas hadas no me quieren,
Y mis enfermas, pálidas estrofas,
Abren los ojos, lloran ¡y se mueren!

Haz que vuelvan, amante Primavera,
Las que versos y cantos me enseñaron:
¡Dormida entre mis brazos las espera
La musa que dejaron!
Dame flores, perfumes y armonías...
Pero no flores tuyas, ¡sino mías!
Pon en mi mano el fresco ramillete
Que llevaba Siebel a Margarita....
Ya asoma, sonriendo, a su ventana,
La pálida enfermita.

¡Oh, qué invierno tan triste! ¡Cuán oscuras
Sus noches y cuán largas! De la muerte
Muy quedo nos hablaban;
La nieve, del sudario; y las estrellas
Como con muchas lágrimas brillaban.
Mudo el piano, y ávidas las flores
De fecundante riego;

En silencio los anchos corredores,
Tristes las almas y el hogar sin fuego
A la luz de muriente lamparilla
Anunciaba, vibrando, la mañana,
El toque de la taza de tisana
Herida por la breve cucharilla. ..
Tímida la esperanza; siempre ausente
La risa amable de los labios rojos;
Pensamientos muy torvos en la frente
Y el sueño siempre lejos de los ojos.
Temblor de corazones palpitantes
Cuando el doctor venía;
Miedo de preguntar, en los semblantes,
Si pensativo el médico salía...
¡Y cómo adivinaba el pensamiento,
En la atmósfera muda de la alcoba,
El vuelo cauto y el^oglacial aliento
De la que vidas y cariños roba!
Los amorosos padres, sin hablarse,
Con sólo una mirada se entendían,
Y sus tristes miradas, al cruzarse,
—¡No puede ser! ¡No puede ser! decían—

Pero volviste al cabo, Primavera,
Y ya la enferma en su balcón te espera:
¿Qué, no tienes más flores? ¡Dale todas!
Hoy con la vida celebró sus bodas.

Dispón, como te plazca, alegre fiesta;
Escribiremos el *menú* en las rosas;

Todas las aves formarán la orquesta
 Y el *buffet* servirán las mariposas.
 Ordena que de luz se vista el cielo
 Y manda que despierten muy temprano
 A tu tenor de gracia, el arroyuelo,
 Y a tu bajo profundo, el Oceano.
 Dí a tus siervos los raudos colibríes
 Que traigan flores de perfume llenas,
 Haz platos con hojitas de alevies
 Y copas con las blancas azucenas.

La sombra queda atrás: no está invitada;
 Envidiosa en la puerta se detiene.
 Vendrá la noche, de astros coronada,
 Pero aquélla... la otra... la enlutada....
 ¡Esa no puede entrar! ¡Esa no viene!

Sólo yo, Primavera azul y hermosa,
 Para el festín no tengo ni una rosa.
 Volviste; los botones se entreabrieron,
 ¡Pero mis pobres versos no volvieron!
 Vé, pues, en mi lugar, tú que sí cantas,
 Tú, que trajiste la salud, la vida,
 Tú, Primavera, la de aladas plantas,
 La que despiertas a la luz dormida.
 En las sonoras alas de tus brisas,
 Llévale alegre tus fragantes dones.
 Y así como entreabres los botones,
 Entreabre sus labios con sonrisas.

Tú, que las iras del invierno calmas,
 Nuestra inquietud, nuestro temor serena....
 ¡Qué gozo! ¡Ya está sana! ¡Ya está buena!
 ¡Ya estás, oh Primavera, en nuestras almas!

1893.

CITA CON ELLA

Cuando a mi lecho por la vez primera
 La triste muerte se acercó enlutada,
 Con suplicante voz la dije: « ¡Espera!
 « ¡Me ha prometido un beso mi adorada!
 « En otros sitios el dolor te invoca;
 « Busca a los que han gozado y han sufrido;
 « No siento aún los besos de su boca....
 « ¿Cómo puedo morir si no he vivido?
 « Hay para todos unas cuantas flores
 « Y muchos cardos: ¡el placer es breve!
 « Dios me dió ya mi parte de dolores
 « Mas la parte de dichas.... me la debe!
 « No pido gloria.... ¡nada más un beso!
 « Ni lauros, ni tesoro codiciado!
 « Quiero sentirme entre sus brazos preso,
 « Y luego diré a Dios:—Ya estoy pagado!
 « Deja, importuna, que aparezca el día;
 « ¡Irme no quiero con la noche obscura!

« Espera unos instantes todavía...
 « Un beso nada más. .. ¡tan poco dura!
 « Luego vendrás como la triste aurora
 « Tras la noche de amor surge en Oriente,
 « Y bajaré a la tumba hospedadora
 « ¡A soñar con su beso eternamente!
 « Para todas las flores hay rocío;
 « Todos los años tienen primavera;
 « Déjame a solas con el sueño mío....
 « ¡Oh, muerte, buena amiga, espera... espera
 — Y la enlutada, pálida y hermosa,
 Por mi súplica amante conmovida,
 Se alejó de mis labios, y piadosa,
 Como esperanza me dejó la vida.

*
 * *

Pasan los meses tristes y pausados;
 El dulce peso a mi cariño niegas,
 Y pensando en tus labios adorados,
 Yo le digo a la muerte: ¿cuándo llegas?
 1888.

MUSA BLANCA

(A E. GUASP DE PERIS.)

Obscura está la noche; desierta la pradera;
 Los cierzos invernales azotan mi vidriera;
 El chorro de la fuente no salta, helado ya;
 El encinar se agita cual mar de negras olas...
 Y, en el sillón de cuero, con mi dolor a solas,
 Del humo sigo atento la espira que se va.

—
 Mis libros predilectos aguardan en la mesa;
 Mas de tristeza y tedio el alma siento opresa
 Y ni sonoros versos ni prosa he de leer.
 De mi candil la mecha carbonizada muere...
 ¡Qué triste está la alcoba del hombre a quien no quiere
 Ni estrecha entre sus brazos amantes la mujer!

—
 En este mismo sitio, anoche todavía,
 En el cojín de raso su codo blanco hundía,
 Y juntos nuestros cuerpos, hablábamos de amor;

Hoy... sólo de la ingrata como recuerdo queda
El abanico roto junto al mitén de seda,
Y en el sofá las rosas sin vida ni color!

Como enlutado esposo, mi espíritu sombrío
Se oculta de los hombres; mi corazón vacío.
Está como la cuna del niño que murió.
Celoso de mi pena, como antes de mi amada,
Yo quiero entre mis brazos tenerla aprisionada,
Y que ninguno sepa las horas que pasó.

Como feroz burgrave que mata justiciero
A la culpable esposa, y con el mismo acero
Abre un sepulcro, a solas, del torreón al pie,
Así, lejos de todo, del mundo y mis amigos,
Mi amor estrangulado, yo mismo y sin testigos
En el jardín pequeño llorando enterraré.

Son castos mis dolores, cual la mujer honrada
Que sus ebúrneos senos oculta a la mirada
Y nunca ante el espejo desata su cendal:
Jamás podrá ninguno con atrevida mano
Tocar su vestidura, ni pisará profano
Curioso o compasivo, su alcoba virginal.

¡A solas y callados!... A solas, dolor mío!
¡Entre los cuatro muros del camarín sombrío,
A solas y callados quedémonos tú y yo!

Mas ¿qué pisadas oigo?... ¿qué sombra ven mis ojos?
Cerrada está la puerta.... corridos los cerrojos...
Ni el perro vigilante en el jardín ladró.

¿Quién es el que me asalta? Con iracundia tomo
Su brazo con mi mano, la daga por el pomo,
Cuando mi alcoba alumbra celeste claridad...
Y atónito contemplo, soberbia, esplendorosa,
De blanco revestida, la estatua más hermosa
Con que soñado hubiera pagana antigüedad.

Sobre sus blancos senos, erguidos y redondos,
Cae una trenza rica de sus cabellos blondos
Cuya delgada punta le llega casi al pie;
Sandalias marfilinas son cárcel de su planta;
Sin flores el cabello, sin perlas la garganta,
Vestida de sí misma, mi espíritu la ve!

Más púdica que Venus, más joven que Diana,
Por lo gentil de Grecia, por el mirar cristiana,
Desnuda, pero casta, a mí se adelantó:
Tocóme cariñosa... Sus labios se entornaron...
Y el hálito de mirto que leves exhalaban
Como oreante brisa mi alcoba perfumó.

LA MUSA

¡Despierta ya, poeta! Despierta, soy la ausente,
Muy pronto los cristales helados de la fuente

En la marmórea taza cantando bullirán;
Veremos nuevas rosas cubriendo la pradera,
Y atravesando lentos el amplia carretera,
Cargados ya de mieses, los carros crujirán.

¡Despierta ya, poeta! Yo soy la poesía:
Me despediste ingrato, cuando en lluvioso día
Tu pérfida querida del lecho me lanzó;
Hoy sufres, y me encuentras. Tú lloras, y regreso.
Entre mis frescos labios palpita aún el beso,
Ánimate, despierta, concócame, soy yo!

En tanto que dichoso y extático vivías,
Pasaba yo anhelante las noches y los días
De tu balcón enfrente y oculta en el sauz;
Mirando si besabas los labios de tu amada,
Y luego, por las noches, tu sombra perfilada
En las cortinas blancas, por apacible luz.

Así viviste ufano y en éxtasis eterno;
Las nubes del otoño, las nieves del invierno,
¡Cuán breves y fugaces pasaron para ti!
Cerrada estuvo siempre, poeta, tu ventana...
En balde los jilgueros, cantando en la mañana,
Quisieron despertarte y habláronte de mí.

—¿Qué importa que los campos alfombrados la nevada
Que el sol desaparezca, y entre la fronda helada

Cadáveres de alondras encuentre el cazador?
¿Qué importa que el arroyo cansado se detenga,
Y que la tarde expire y que la noche venga,
Si en el hogar hay leña y en nuestro pecho amor?

¡Enlútese, en buena hora, la gran naturaleza!
¿Hay una primavera mejor que la belleza?
¿Hay pájaros que canten cual canta mi laúd?
¿Que en el cristal se cuajen las gotas de la lluvia!
¿Mientras mi cuello ciña tu cabellera rubia
Un sol en nuestras almas hará la juventud!

Así dijiste entonces, y luego, cuando Mayo
Los tímpanos deshizo con su caliente rayo
E innúmeras luciolas poblaron el juncal,
También inútilmente la pálida mañana
Bajaba a despertarte, tocando a tu ventana...
Cerrado estuvo siempre, poeta, su cristal!

Las aguas balbucientes, los húmedos botones,
La púrpura del cielo, las nubes de gorriones
Y el heno perfumado, miraste con desdén:
No viste de la aurora los escarpines rojos
Ni a la apacible tarde de los azules ojos,
En su almohada negra hundir la blanca sien.

Ya elástico venado con retorcidos cuernos
Las ramas apartaba; ya tímidos y tiernos

Volaban los zentzontles que el fresno cobijó:
 —¡La caza nos espera!—te dijo la escopeta,
 —¡Respira el aire libre!—cantaba la veleta,
 Y—¡Escribe nuevos versos!—mi lira suspiró.

—

Los pájaros siguieron cantando en el encino;
 La corza en la montaña, la liebre en el camino,
 Y en ancha pesebrera piafando tu corcel;
 La rápida veleta moviéndose en el techo,
 Tu amada entre tus brazos, las sombras en el lecho,
 Afuera la mañana... y virgen el papel.

.....
 Tu alcoba está desierta; tu hogar no tiene fuego,
 Tu alondra ya no canta; pero piadosa llevo
 Y esparzo en torno tuyo la vida y el calor.
 La esposa que dejaste por la querida aleve
 Regresa fatigada, cubierta por la nieve,
 Pero trayendo intactas las flores del amor!

EL POETA

¡Oh Musa de los tristes! ¡Oh joven compañera!
 De Apolo Musageta divina mensajera,
 Riqueza para el pobre, consuelo para mí!
 Extiéndeme tus alas, y en ellas escondido
 Calor y fuerza cobre mi espíritu entumido,
 Y olvide, dormitando, las dichas que perdí!

Tú sola nunca engañas, ni olvidas, ni abandonas!
 Deja en mi frente ¡Musa! tus lauros, tus coronas,
 Como en la cruz marmórea de losa sepulcral.
 En pie junto a mi lecho, velando mi reposo,
 Serás como la estatua del ángel silencioso
 Que sin hablar nos dice: ¡Tu alma es inmortal!

1886.

DE VASALLO

¡Con qué inquieto volar mis ilusiones
 rondando están tu casa hospedadora!
 ¡cuán terco el pensamiento,
 a las extrañas súplicas esquivo,
 mal se aviene a habitar mi entendimiento
 y quisiera seguirte fugitivo!

¡Como en delgada red de estrecho hilamen
 y a manera de peces descuidados,
 en tu gracia gentilica retozan
 mis sueños para siempre cautivados!

Cayeron sin sentido; uno por uno:
 los rehacios primeros,
 luego los otros en tropel, cual brota
 el agua de los pródigos veneros,

y cuantos nacen, ágiles y raudos,
corren a donde está la red tendida,
sin que haya escollo que la marcha ataje
ni mano a libertarlos prevenida!

Bien de grado, señora,
dócil acepta el blando cautiverio,
y cuantos sueños mi ánimo atesora
te doy para vasallos de tu imperio.

Más bella soberana
nunca entrevió mi joven fantasía;
ni fué tan pura la apacible Diana
que sólo en sueños a Endymion veía.

Anhele libertad el sin ventura
a quien sujeten vínculos de hierro,
y, soñando en la luz, ve más obscura
la entenebrida noche de su encierro,
mas no quien tiene por suaves lazos
las del trono gentil orlas de flores;
que si cadenas son tus blancos brazos,
yo quiero que estén presos mis amores!

Cuanto existe, señora, es prisionero:
la perla, de su concha nacarada;
de las nocturnas sombras, el lucero;
la vida, de la luz; yo, de mi amada.

1886.

MADRE NATURALEZA.

Madre, madre, cansado y soñoliento
Quiero pronto volver a tu regazo,
Besar tu seno, respirar tu aliento
Y sentir la indolencia de tu abrazo.

Tú no cambias, ni mudas, ni envejeces;
En ti se encuentra la virtud perdida,
Y tentadora y joven apareces
En las grandes tristezas de la vida.

Con ansia inmensa que mi ser consume
Quiero apoyar las sienes en tu pecho,
Tal como el niño que la nieve entume
Busca el calor de su mullido lecho.

¡Aire! más luz! una planicie verde
Y un horizonte azul que la limite,
Sombra para llorar cuando recuerde,
Cielo para creer cuando medite!

Abre, por fin, hospedadora muda,
Tus vastas y tranquilas soledades,

Y deja que mi espíritu sacuda
El tedio abrumador de las ciudades.

No más continuo batallar: ya brota
Sangre humeante de mi abierta herida,
Y quedo inerme, con la espada rota,
En la terrible lucha por la vida.

Acude, madre, y antes que perezca
Y bajo el peso del dolor sucumba,
Abre tus senos, y que el musgo crezca
Sobre la humilde tierra de mi tumba!

1881.

DESCONOCIDA.

Para amar una vez —¡una siquiera!
Yo busco, pecador arrepentido,
A la inocente virgen que me espera,
Como cansada tórtola en su nido.

No sabe cuándo llamaré a su puerta;
Antes de conocerme, ya me amaba;
Iré muy quedo, le diré: ¡despierta!
Y ella contestará: ¡Ya te esperaba!

Ver me parece la tranquila casa,
Llena de luz, de pájaros y flores,

La baña el sol, y murmurando pasa
El viento por los anchos corredores.

No hay en las salas bronce señoriales
Ni decoran sus muros los espejos:
Los antiguos y cómodos sitaliales
Están raídos por el uso y viejos.

En cambio todo cuanto allí juntóse
La vida honesta y la virtud revela:
Esa es la silla en que la madre cose;
Ese, el sillón en que murió la abuela.

¡Ah! ¡Con qué gozo sentirá mi pecho
Aquel ambiente de quietud y calma,
Y mis ojos verán el casto lecho
Donde duerme la amada de mi alma!

Todas mis fuerzas para ella guardo,
La busco en lo más santo y escondido,
Y luego, al regresar con paso tardo,
Murmuro cada noche: ¡no ha venido!

¡Será hoy! —pienso alegre, si risueño
Hiere el rayo del alba mi ventana,
Y por la noche, al entregarme al sueño,
Me dice la ilusión: ¡será mañana!

Sé cómo es: en el hogar dichoso
La finge cada noche mi cariño,
Estrechando las manos del esposo,
Clavadas las pupilas en el niño.

Púdica flor de solitario valle,
Vive inocente en dulce confianza,
Y ningún brazo rodeó su talle
En las curvas lascivas de la danza.

No ha tocado jamás mano ninguna
De su corpiño los sedosos nudos,
Ni retrató la veneciana luna
Sus hombros escultóricos desnudos.

La ignora el mundo: por la tierra pasa
Con el lirio del ángel en la mano,
Y los umbrales de su pobre casa
No pisan las sandalias del profano.

¡Oh dulce! ¡oh tierna! ¡oh casta prometida!
Te siento cerca sin poder mirarte!
Pero si tú no existes en la vida
Mi amor tiene la fuerza de crearte!

Si eres flor, ¿dónde estás? ¿Qué tierra ^{inculta}
Abrirse vió tus hojas de alabastro?
¿En qué desierto neptuniano, oculta
Brillas para otros mundos, si eres astro?

Tal vez en un rincón del universo
Como yo quiero, quieres y deseas,
Y acaso, blanca virgen, este verso,
Sin conocerme, pensativa leas.

¿Con qué mística voz he de llamarte,
Para que acudas pronta a mi reclamo?

¿En qué cielo remoto he de buscarte?
¿Cómo podré decirte que te amo?

Contemplando el camino e impacientes
Te guardan mis sencillas ilusiones,
Como esperan los niños inocentes
La vuelta de la madre, en los balcones.

La casa, a recibirte preparada,
Adornaron mis genios tutelares
Ya verás la escalera salpicada
Con hojitas de rosa y azahares.

¡Ah! cuando vengas y tu breve paso
Resuene en los alegres corredores,
Sobre tu falda de crujiente raso,
En fresca lluvia bajarán las flores.

¡Ven! Purifica la existencia mía,
Envuélveme en la nube de tu velo;
Que mire a Dios, como antes le veía,
A través de tus rizos, en el cielo!

Todos mis sueños sin cesar te llaman;
Serás en mi existencia, bien amado,
Como el óleo bendito que derraman
En el ara del templo profanado!

PARA EL ALBUN DE UNA HERMOSA.

¿En qué verso, en qué mágica leyenda
De poeta gentil, hebe entrevisto
De tu hermosura el resplandor? ¿Fue acaso
En un lienzo de Rubens? ¿En Virgilio?
¿De Bion de Smirna en el fragante idilio,
O en las estrofas del gallardo Tasso?

¿Eres la fresca y joven campesina
Que Anakreon cantó? ¿La virgen noble
Que al cruzado esperaba en el castillo?
¿De mirtos y de rosas la corona
Ciñe graciosa tus ebúrneas sienes?
¿O, fugitiva, del Olimpo vienes,
Y te llamas ¡oh prófuga! Pomona?

¿De qué rosas los ángeles formaron
Tu epidermis süave? Dí: ¿las brisas
Nacen entre tus labios, y allí apuran
La frescura que tienen tus sonrisas?
¿Eres la hermosa y joven hechicera
Que abre las puertas del jardín de Armida,

O viniste entre flores a la vida
A la vez que nació la Primavera?

Sólo sé que tu encanto
Almas subyuga; que, por ti hechizada,
Vive la luz en tu pupila hebrea,
Y que, ufana, riendo, coquetea
En tu limpia mirada;
Sólo sé que al mirarte recordamos
Las altivas y jóvenes guerreras
De fuertes brazos y arrogante cuello,
Que cruzaban las árabes colinas,
Y que en tu negro, undívago cabello,
Aun proyectan su sombra las sabinas;
Sólo sé que formaron los amores
Tus pupilas, con noches tropicales;
Tus labios jugueteros, con corales;
Y tu cuerpo, con flores!

1884.

POR LA VENTANA.

Prostituir el amor!.....llegar artero,
De noche, entre las sombras, recatado,
Esquivando los pasos, y, mañero,
La faz hundida, y el embozo alzado!

Tender la escala; con la vista alerta
Tregar por la pared que se desgrana,
Y a donde todos entran por la puerta,
Entrar como ladrón, por la ventana.

Apagada la luz, hablando quedo,
Temerosos, convulsos, vergonzantes,
Sintiendo juntos el amor y el miedo
Contar con avaricia los instantes.

Querer que calle haste el reloj pausado
Que cuelga en la pared, alto y sombrío;
Ser joven, ser amante, ser amado,
Y, estando juntos, tiritar de frío!

Sentir el hielo que en las venas cunde
Cuando los nervios crispa el sobresalto;
Y maldecir la luna, si difunde
Su delatora luz desde lo alto.

Buscar lo más obscuro de la alcoba,
Y ver con vago miedo las junturas
Por donde entra la luz, como quien roba
Cobarde, vil, con antifaz y a obscuras.

Y temblar de pavor, si ladra el perro,
Y si las ondas de la fuente gimen;
De lo que es aire, sol, hacer encierro;
De lo que es un derecho, hacer un crimen.

Besar con miedo, sin rumor, aprisa,
Ir siempre de puntillas por la alfombra,

Y si el cristal hizo crujir la brisa,
Temblar, pensando que una voz nos nombra.

Cuando canta la alondra, retirarse
Atravesando la desierta sala,
Y suspenso en el aire, deslizarse,
Como vil bandolero, por la escala.

Haber envenenado una existencia,
Convertido en dolores el contento,
Y huésped sepulcral de la conciencia,
Albergar un tenaz remordimiento.

Ver encenderse su mejilla roja
Temiendo acaso que el pavor la venza,
Y al hablarla, mirar que se sonroja
Y que baja los ojos de vergüenza.

Ese no es el amor, amor robado
Que se viste de falso monedero;
Ese no es el amor que yo he soñado,
Y si ese es el amor, yo no lo quiero.

DE MIS "VERSOS VIEJOS."

RICHTER-SALVATOR ROSA.

Nada receles; con ligero vuelo
 Alegres ninfas a esta roca llegan,
 No sin vencer la voluntad de nuestro
 Padre Océano.
 Luego vencimos virginal vergüenza
 Y por el éter en alado carro,
 Los pies descalzos, acudimos todas
 A consolarte.

ESQUILO.

I

¿Recuerdas de Richter, de Richter sombrío,
 El verso tan triste, tan triste, tan frío,
 En que habla del mártir clavado en la cruz?
 Blancura sin sangre, blancura nevada,
 De estatua yacente blancura callada,
 Entreabre en el verso sus ojos sin luz.

Nos pinta el poeta la cripta, las fosas;
 Los niños reviven; levantan las losas,
 Y a Dios suplicantes, le dicen: —Ya! ven!—

Y Dios, sollozando, responde:—¡Mis muertos!
 ¡Me tienen clavados los brazos abiertos;
 No puedo abrazaros...he muerto también!

—Jesús—le preguntan—¿sin padre nacimos?
 Si no nos conoce, si ya le perdimos,
 Si no quiere vernos, si todo olvidó,
 Apíadate entonces, tú danos un padre,
 En ti fervorosa creyó nuestra madre...
 Jesús les contesta:—¡Soy huérfano yo!

Un rayo de luna, silente, muy leve,
 De luz ya sin vida, de luz toda nieve,
 Alumbra impasible la eterna orfandad:
 El Cristo, ya exangüe dobló la cabeza...
 Se acerca a las tumbas la pobre tristeza:
 Y dice a los niños:—Dormid. ¡Olvidad!

Así, como esos tan pálidos niños,
 En mí resucitan amores, cariños,
 Y trémulos tienden los brazos a ti.....
 Tú, virgen, entornas los párpados rojos;
 Crepúsculo tibio de amor, en tus ojos
 Despídese triste, muy triste de mí!

II

¿Recuerdas los versos del trágico griego?
 Las fraguas de Hefestos, matrices del fuego,
 Retando a los dioses, profana un titán;
 De Zeus, el fulmineo, la mano se crispa.
 El hombre le hurta la mágica chispa,
 Y eleva su incienso al hombre el volcán.

Ya tiene la grande, la enorme potencia,
 Secreto inviolado, recóndita esencia
 De acción y de hechizo, de aliento y de luz...
 La Fuerza invencida, sorprende al furtivo
 Ladrón de su alma, y clávale vivo
 En cruz de titanes: el monte de Elbruz.

El Padre Oceano se yergue, levanta
 Su turba de olas y al mártir le canta
 La inmensa elegía, que no morirá:
 Del Cáucaso tremen los ecos más hondos;
 Piadosas, erectos los senos redondos,
 Oceánides blancas acércanse ya.

Susurro de alas palpita en el aire,
 Murmurio de espuma prendida al desgairé
 En ola traviesa que brinca gentil;
 Ruido ligero de místico velo
 Que mármoles roza, con tímido vuelo
 Se eleva del negro y abrupto cantil.

El mar acaricia las trenzas de oro;
 Cual niebla, se alza del trémulo coro
 Un húmedo, lento, sollozo de amor,
 Del pálido mártir la faz se ilumina,
 Y lánguida mece la onda marina
 Los cuerpos desnudos que tiñe el rubor.

Así, como ese Titán Prometeo,
 Clavado a la roca te vió mi deseo!
 Tus cantos de amores inmóvil oí:
 ¡Oh brisa, columpia, columpia la ola!
 No está en el espacio mi alma tan sola...
 ¡Oceánides blancas, cantad junto a mí!

1885.

CALICOT

A ANSELMO ALFARO

—Abre la puerta, portero,
 Que alguno tocando está.
 —Es el amigo cartero.
 —En su gran bolsa de cuero,
 Mi buen amigo el cartero
 ¿Qué traerá?

A qué seguir la porfía?...
La madre que le quería

Se murió!

Vendiendo cintas y gorros
Fué su trabajo fecundo;
Pero ya sólo en el mundo
¿De qué sirven sus ahorros?

—
¿Quién los ojos de mi anciana
Buena madre cerraría?
¿Quién la humilde cruz cristiana
En las manos le pondría?
Le esperaba mi buen padre....
A mirarlo no volví!....
Hoy también mi santa madre
Duerme allí!

—
¿Por qué a América me enviaron?
¿Por qué el campo no labré?
Mis amigos me olvidaron;
A mis padres no enterré!
Los proyectos que formaba
La experiencia destruyó,
Y una joven que yo amaba
Ya con otro se casó!....
Compañeros de montaña,

Que fortuna codiciáis,
A la triste tierra extraña

No vengáis!

—
Así el mozo soliloquia,
Recordando en su quebranto
El humilde camposanto
Que domina la parroquia.
Ya los últimos luceros
La mañana dispó....
Pasan ya tus compañeros....
Al trabajo, *calicot!*

1886

LA CENA DE NOCHE BUENA

A MANUEL ZAPATA VERA

Acercaos a la mesa,
Mis recuerdos, porque os llamo;
Id saliendo de la huesa
Muertecitos que yo amo!
Cosas idas, cosas muertas,
Ilusiones ya perdidas,
Acercaos a mis puertas,
Cosas muertas, cosas idas!

De la cena preparada
 El salón está vacío,
 Cae muy triste la nevada,
 Tengo miedo, tengo frío!
 Convidados a mi cena,
 Muertecitos que yo amo,
 Acudid a mi reclamo
 Que esta noche es Noche Buena.
 Está abierta mi ventana
 Y la lluvia la salpica,
 Mientras oigo la campana
 Que repica.
 Buen amigo, pobre hermana,
 De mi casa los ausentes,
 Venid todos tan aprisa
 Como a esta hora van a misa
 Los creyentes.

* *

¡Pobre hermana que te fuiste,
 Si vivieras todavía,
 Cuando siento mi alma triste,
 ¡Cuántas cosas te diría!
 ¡Ven, y pronto, ven ahora!
 Cuando llegue la mañana
 Y a la misa de la aurora
 Llame lenta la campana,
 Terminada ya la cena,
 Podrás irte, podrás irte,

Y tendremos que decirte:
 ¡Hasta la otra Noche Buena!
 Pero ahora, mi hermanita,
 Reina aún la noche oscura,
 Deja, pues, ¡oh muertecita!
 Tu callada sepultura.

* *

Son las doce. Jesús nace;
 Vuelvo el rostro al Nacimiento
 Y la cera se deshace
 Combatida por el viento.
 Nadie cuida a los pastores,
 Nadie canta villancicos,
 Ni a la Virgen llevan flores
 Los ancianos y los chicos.
 En el heno blanco y yerto
 Está el Dios recién nacido,
 Y al mirarlo allí dormido,
 Me parece que está muerto.
 ¡Fe de niño, ven al punto!
 Que tu voz me purifique.....
 Y no viene, y me pregunto:
 Por qué dobla ese repique?

* *

Del árbol en las ramas
 Mil velas arden,

¡Que no tarden los niños,
 Que no se tarden!
 ¿Por qué no vienen
 Si aquí tantos juguetes
 Y dulces tienen?
 Esta espada de acero
 Para el más grande
 Y soldados de plomo
 A quienes mande.
 Y esta muñeca rubia
 Tan bien vestida
 Para la niña blanca,
 Bien de mi vida.
 Ya veréis cómo gritan
 Los muy traviosos
 Y cómo los devora
 Su madre a besos.
 Pero el árbol se apaga,
 Ninguno llega!
 Y en la desierta alcoba
 Ni un niño juega!

*
* *

Seres que venis tan lejos,
 ¡Ansían vuestros cariños
 Los que tienen padres viejos
 Y no tienen hijos niños!
 ¡Con qué impaciencia os imploro
 Para mezclar con mis manos,

Vuestros ricitos de oro
 Entre sus cabellos canos!
 ¡Amor que ennoblece y salva,
 Ven pronto a mi hogar estrecho,
 Que ya a la misa del alba
 Están tocando en mi pecho!

*
* *

Mis viajeros pequeñitos,
 Mis ausentes adorados,
 Los humildes muertecitos
 A mi cena convidados;
 Ya regresan de la misa
 Los devotos, los creyentes...
 ¡Mis amigos, mis ausentes,
 Daos prisa, daos prisa!
 Dejad ya con planta breve
 Vuestro místico palacio,
 Caminando tan despacio
 Vendréis yertos por la nieve!
 Mi esperanza que os desea
 Como niña pobrecilla,
 En la blanca chimenea
 Puso ya la zapatilla.
 Oír pienso vuestro paso,
 Quiero ver, y no me atrevo,
 ¡Dejad pronto sobre el raso
 Mi regalo de año nuevo!

*
*
*

¡No doblan las campanas,
No, que repican!
Plumas de alondra llueven,
No nieve fría!
Dios ha nacido:
Jesús no yace muerto,
Que está dormido!

*
*
*

¡Casta ilusión que me alientas!
¡Sueño de dicha sereno,
Si a mi cena te presentas,
Seré bueno, seré bueno!
Ya no vacilo ni dudo;
No miro mi hogar desierto,
Ni viendo al niño desnudo
Me imagino que está muerto.
Vive; con dulce sonrisa,
Entre sencillos pastores,
Ve a los que vuelven de misa,
Trayéndole muchas flores.
No pienso con desconsuelo
En los seres ya perdidos...
¡Mis muertecitos queridos
Están cantando en el cielo!
El alba tibia clarea,
Venus en Oriente brilla!
¡Dejemos la zapatilla
En la blanca chimenea!

1886.

CON JULIETA.

¡Oh dulce ruiñeñor, sigue cantando!
¿No ves cuán triste la apacible luna
Alumbra el bosque, y cómo, murmurando,
Se duerme la laguna?
¡Dulce poeta de brillantes alas
Que en el silencio de la noche velas,
Y cantas, para ti, cuando no te oyen,
Y a los tristes consuelas!
Sigue en la rama del gentil granado;
Nadie en el nido trémulo te llama....
En el cielo, poeta enamorado,
Te está oyendo la estrella que te ama!

Tú, como yo, debes tener tristezas;
¿Por qué, a la hora del amor, el nido
Abandonas ligero?
¿Nadie te aguarda en él? ¿Nadie te quiere?
Estás enfermo como yo, y herido
Del imposible amor de que se muere!

Tu tierna serenata
La escucha sola, en el sereno espacio,

La casta Diana del carcaj de plata
 Que vuelve pensativa a su palacio....
 Desdeñas a las aves: para ellas
 Nunca tienes canciones,
 Y cantas cuando brillan las estrellas
 Y parecen dormidos los botones.
 Escondes tu dolor y tu ternura
 A las luces del día,
 Y en el silencio de la noche oscura
 Se abriga, como enferma, tu armonía.

¿Quiénes oyen tus cantos? Los que sufren,
 Los que no buscan el desierto lecho
 Porque en él les aguarda la tristeza....
 ¡O los que cantan himnos de ternura
 Oprimiéndose pecho contra pecho!

La pena y el amor te escuchan sólo:
 En el campo, las flores—esas mudas;—
 En el espacio, las estrellas blondas,
 Y bajo el terso manto de las ondas,
 Las silenciosas náyades desnudas.

¡Sigue cantando, ruiseñor! Si cesa
 Tu serenata, que el amor evoca,
 La boca enamorada que me besa
 Se apartará convulsa de mi boca.

¡Oh, mi Julieta, la Julieta mía,
 Bien sabe mi dolor que viene el día!

Hemos vivido un sueño muy hermoso,
 Y yo no quiero despertar! Mañana,
 Tal vez la escala que tendí afanoso
 No colgará ya más de tu ventana!
 Pero hoy, es hoy aún: el alma sueña,
 Escucho al ruiseñor enamorado
 Y en tu boca de grana, tan pequeña,
 La canción de mi beso no ha cesado.

Tengo aún que decirte que te quiero...
 No lo he dicho bastante
 Y necesito repetirlo ahora...
 Y ya viene el dolor... viene la aurora!
 ¡Otro instante! ¡otro instante!

¡Oh, mi Julieta, la Julieta mía!
 ¿Por qué del grato sueño se despierta?
 ¿Por qué te he de mirar, pálida y fría,
 Sobre la tumba de mis sueños muerta?

Sigue cantando, ruiseñor querido!
 Nadie te espera en el desierto nido!

¡Déjame en sus cabellos esconderme...
 Déjame ver su rostro idolatrado....
 Sigue en las ramas del gentil granado,
 ¡Oh, canta, ruiseñor! ¡Alondra, duerme!

TRES AMANTES.

I

¿Quién eres?—Un guerrero. Mi espada vencedora
 Cien pueblos ha ganado.
 Cuentan que no hay espejo más noble, mi señora,
 Que el peto del soldado.
 Creí ser indomable. ¡Mentira! Tu hermosura
 Mi altiva frente humilla;
 El paladín hercúleo de bélica armadura
 Temblando se arrodilla.—
 —¡Aparta! No me sirven, guerrero, tus laureles!
 Busco mejor vasallo;
 No estorbes mi camino. ¡Apártate, que hueles
 A crines de caballo!—

II

—Señora, soy el bardo. Poder ninguno iguala
 Al noble poder mío;
 Esmaltan las estrellas las plumas de mi ala
 Cual gotas de rocío;

En mí reside y obra la potestad que crea
 Espíritus y mundos;
 No hay águila que vuele más alto que mi idea,
 Ni abismos más profundos!
 Yo haré de tu belleza la estatua de alabastro,
 La Venus victoriosa:
 De tu palabra, el himno; de tu mirada, el astro;
 De la mujer, la diosa!
 Como diamantes sueltos, en tus cabellos rubios
 Titilarán luceros;
 Y te daré por siervos, en vez de esclavos nubios,
 Los siglos venideros!
 —¡Aparta! No con trovas ni voces de profeta
 Molestes más mi oído;
 Desprecio tus amores. ¡Apártate, poeta!
 ¡Remienda tu vestido!—

III

¿Quién eres?— El que mancha las almas, y el que roba
 La honra y el decoro.
 La cinta de tu veste, la llave de tu alcoba,
 ¡El oro.....soy el oro!
 El viejo lujurioso que por la puerta espía
 El baño de Susana;
 La Celestina ronca, la repugnante harpía
 Que ofrece cortesana.
 Te espero. Yo soy Fausto. Como antes Margarita,
 Del templo también sales:

Me acerco, y en tu oído, que trémulo palpita,
 Murmuro: ¿cuánto vales?
 Siebel enamorado te aguarda con un ramo
 Para adornar tu pecho.....
 ¿Qué importa? Seré siempre para tu alma, el amo;
 Para tu cuerpo, el lecho!
 Tu castidad es cirio, respeto de los buenos,
 Que yo al pasar apago;
 De mármol son tus brazos; de mármol son tus senos....
 No importa: yo los pago.
 Comercia con tus gracias, trafica tus hechizos
 Y vende cuanto puedas;
 Si amante me recibes, el oro de tus rizos
 Convertiré en monedas.
 Se acerca el que esperabas. Entre mis áureos brazos
 Todo placer se encuentra.....

IV

La joven desanuda de su corcé los lazos
 Y dice al crimen: ¡Entra!

1886.

LA SERENATA DE SCHUBERT.

¡Oh, qué dulce canción! Limpida brota
 Esparciendo sus blandas armonías,
 Y parece que lleva en cada nota
 Muchas tristezas y ternuras mías!
 ¡Así hablara mi alma . . . si pudiera!
 Así dentro del seno,
 Se quejan, nunca oídos, mis dolores!
 Así, en mis luchas, de congoja lleno,
 Digo a la vida: —¡Déjame ser bueno!
 —¡Así sollozan todos mis amores!
 ¿De quién esa voz? Parece alzarse
 Junto del lago azul, en noche quieta,
 Subir por el espacio, y desgranarse
 Al tocar el cristal de la ventana
 Que entreabre la novia del poeta . . .
 ¿No la oís cómo dice: “hasta mañana?”
 ¡Hasta mañana, amor! El bosque espeso
 Cruza, cantando, el venturoso amante,
 Y el eco vago de su voz distante
 Decir parece: “¡hasta mañana, beso!”

¿Por qué es preciso que la dicha acabe?
 ¿Por que la novia queda en la ventana,
 Y a la nota que dice: "¡hasta mañana!"
 El corazón responde: "¿quién lo sabe?"
 ¡Cuántos cisnes jugando en la laguna!
 ¡Qué azules brincan las traviesas olas!
 En el sereno ambiente ¡cuánta luna!
 Mas las almas ¡qué tristes y qué solas!
 En las ondas de plata
 De la atmósfera tibia y transparente,
 Como una Ofelia náufraga y doliente,
 ¡Va flotando la tierna serenata!....
 Hay ternura y dolor en ese canto,
 Y tiene esa amorosa despedida
 La transparencia nítida del llanto,
 Y la inmensa tristeza de la vida!
 ¿Qué tienen esas notas? ¿Por qué lloran?
 Parecen ilusiones que se alejan....
 Sueños amantes que piedad imploran,
 Y como niños huérfanos, se quejan!
 Bien sabe el trovador cuán inhumana
 Para todos los buenos es la suerte....
 Que la dicha es de ayer.... y que "mañana"
 Es el dolor, la obscuridad, la muerte!
 El alma se compunge y estremece
 Al oír esas notas sollozadas....
 ¡Sentimos, recordamos, y parece
 Que surgen muchas cosas olvidadas!

.....

¡Un peinador muy blanco y un piano!
 Noche de luna y de silencio afuera....
 Un volumen de versos en mi mano,
 Y en el aire, y en todo, primavera!
 ¡Qué olor de rosas frescas! en la alfombra
 ¡Qué claridad de luna! ¡qué reflejos!
 ¡Cuántos besos dormidos en la sombra,
 Y la muerte, la pálida, qué lejos!
 En torno al velador, niños jugando....
 La anciana, que en silencio nos veía....
 Schubert en tu piano sollozando,
 Y en mi libro, Musset con su "Lucía."
 ¡Cuántos sueños en mi alma y en tu alma!
 ¡Cuántos hermosos versos! ¡cuántas flores!
 En tu hogar apacible ¡cuánta calma!
 Y en mi pecho ¡qué inmensa sed de amores!
 ¡Y todo ya muy lejos! ¡todo ido!
 ¿En dónde está la rubia soñadora?
 ¡Hay muchas aves muertas en el nido,
 Y vierte muchas lágrimas la aurora!
 ... Todo lo vuelvo a ver... ¡pero no existe!
 Todo ha pasado ahora... ¡y no lo creo!
 Todo está silencioso, todo triste...
 ¡Y todo alegre, como entonces, veo!
 ... Esta es la casa... ¡su ventana aquélla!
 Ese, el sillón en que bordar solía...
 La reja verde... y la apacible estrella
 Que mis nocturnas pláticas oía!
 Bajo el cedro robusto y arrogante,
 Que allí domina la calleja oscura,

Por la primera vez y palpitante
 Estreché con mis brazos, su cintura!
 ¡Todo presente en mi memoria queda!
 La casa blanca, y el follaje espeso....
 El lago azul.... el huerto.... la arboleda,
 Donde nos dimos, sin pensarlo un beso!
 Y te busco, cual antes te buscaba,
 Y me parece oírte entre las flores,
 Cuando la arena del jardín rozaba
 El percal de tus blancos peinadores!
 ¡Y nada existe ya! Calló el piano....
 Cerraste, virgencita, la ventana....
 Y oprimiendo mi mano con tu mano,
 Me dijiste también: "¡hasta mañana!"
 ¡Hasta mañana!.... Y el amor risueño
 No pudo en tu camino detenerte!....
 Y lo que tú pensaste que era el sueño,
 Fué sueño, pero inmenso: el de la muerte

 ¡Ya nunca volveréis, noches de plata!
 Ni unirán en mi alma su armonía,
 Schubert, con su doliente serenata
 Y el pálido Musset con su "Lucía."

1888.

A JUSTO SIERRA.

Después de leer su «Epístola al autor de LOS MURMURIOS
DE LA SELVA.»

¿Por qué a la musa del dolor, huraña,
 Ha de volver el rostro quien tranquilo
 En limpia fuente de Tibur se baña?

Si en pobre choza, de quietud asilo,
 Vive en paz con la vida, cante ufano
 Los amores de Myrtis y Batilo.

Sabio es quien logró, por modo arcano,
 Redivivas mostrar las criaturas
 Del arte más hermoso: del pagano.

Prudente quien no busca las obscuras
 Bóvedas de los claustros ni sondea
 Del triste corazón las desventuras.

¡Aspire luz la voladora idea
 Y de Blandusia en el cerrado huerto
 Abeja de oro entre los mirtos sea!

No pienses, nauta, en el ignoto puerto
Ni busques en el mar alborotado
De náufraga ilusión el cuerpo muerto.

Bien sé que nuestro espíritu, agitado
Por recias olas del dolor, combate
Con los recuerdos vivos del pasado.

Bien sé que el corazón instante late,
Como quien llama a la insensible reja
De su cárcel, ansioso de rescate.

¡Todo es clamor de angustia, todo queja,
Y el antiguo ideal flota lejano
Como vela muy blanca que se aleja.

Es la muda extensión del océano!
¡Todo es congoja en la conciencia y duda,
Todo es naufragio en el dolor humano!

¿No miras a la Fe? Virgen desnuda,
Cayó, del barco, a los revueltos mares,
Y no hay marino que a salvarla aeuda.

La abandonan los dioses tutelares,
Y como a solitaria, única roca,
Se encarama convulsa a los altares;

Allí se acoge, compasión invoca,
Pero la mar rugiente sube fiera,
Y ya sus plantas encogidas toca. . . .

¡Ay! De salvarla el hombre desespera,
Y en tan profundo y triste abatimiento
La esperanza no sabe lo que espera!

Á la tierra se inclina el pensamiento,
Como el sauce a la tumba; las zagalas
Ya su tierna canción no dan al viento.

Para subir al cielo no hay escalas
Y el alma enferma, que volar solía,
Fuerzas no tiene para abrir las alas.

Plañidera infeliz, la poesía
Lamenta con acento gemebundo
De sus dioses, ya idos, la alegría.

Guarda el Olimpo un ángel iracundo;
Y del espacio en la tiniebla inmensa
No asciende, rueda para siempre el mundo!

¿Para qué interrogar la sombra densa?
En medio del dolor y de la duda
El arte es nuestra sola recompensa.

La belleza es verdad: abra desnuda,
Como Fryné, los brazos, y olvidemos...
La noche ha sido eternamente muda!

¿A dónde va la barca? No sabemos!
Arrástre la a su antojo la corriente,
Y tú, para cantar suelta los remos.

No claves la mirada en el Oriente:
Ya no aguarda, cual antes, a la Aurora,
Y en tocas de viudez hunde la frente!

Busca a la soberana redentora
Que es luz en nuestra noche de tristeza,
De "murmurante selva," habitadora.

¿No es acaso divina la belleza
Y consuelo inmortal la poesía
Que brota de la gran naturaleza?

Ella vierte en los pechos alegría,
Y recostados en su blanco seno,
Dormir podemos al caer el día.

Si el aire tiembla con la voz del trueno,
Ella dice al poeta:— todo es canto,
Todo es amor y vida, todo es bueno!

Es verdad que del templo sacrosanto
A los verdes y ocultos bosquecillos
Ya no vienen las ninfas, suelto el manto.

La cigarra no canta en los tomillos,
Ni miramos, grabada en cornalina,
La imagen de Afrodita en los anillos.

No celebra las gracias de Corina
El tierno Ovidio, ni se llega al puerto
En voladora barca marfilina.

De Kipris el altar quedó desierto,
En largo sueño Anacreón reposa,
Y Eros agonizante, si no muerto.

¡Ay! A la musa del placer hermosa
Estro mil veces le pedí y amparo
Con suplicante voz y clamorosa.

—Huyan de ti--la dije el mozo ignaro,
El que a bárbaros dioses obedece,
El sabio enjuto y el canijo avaro.

Muere la vida apenas amanece,
Y yo como el poeta venusino
Busco las dichas que el placer ofrece.

Deja, pues, que las cante y al divino
Apolo Smynteo, amor de los helenos,
Húrtale para mí laurel y encino.

Pueblan el bosque Ninfas y Silenos
Y, de pámpano y yedra coronados,
Vuelvan los viejos dioses, que eran buenos!

—¡Así clamé! Los Númenes sagrados
Dejándome en el bosque entenebrido
Huyeron presurosos y callados.

Silente obscuridad había caído
De los cielos... ¡ni un astro ni una hoguera!
Y por los perros de Hécate seguido.

Engrifada la hirsuta cabellera,
Corvo y velludo sátiro corría
La hojarasca aplastando en su carrera.

Ninguno a mis clamores respondía,
Y el cedro, envuelto en toga tenebrosa,
Llamarme con sus brazos parecía.

Entonces exclamé:— ¡Cuán venturosa
El alma del poeta a quien perfuma
La musa antigua con su olor de rosa!

¿Cómo ha de convertir a nuestra bruma
Los ojos, si los cisnes de Afrodita
Para que idilios trace, le dan pluma?

En él Virgilio, cual un dios, habita
Y cuando a Horacio sonriendo llama,
Horacio acude a la sagrada cita.

El dios de Klaros en verdad le ama,
Y ya su copa, de oro cincelado,
Hebé, para escanciársela, reclama.

¡Dichoso él, y mil veces desgraciado
Quien con la musa descreída brega
Y ver quiere, insensato, en el nublado!

Él con las Gracias y las ninfas juega,
Y es el rendido, venturoso amante
De la musa latina y de la griega.

Déjale, pues, en su Tibur fragante,
Mientras pensando en el problema eterno,
Nosotros vemos al obscuro Dante
Inclinado en la sima del infierno.

1888.

ODAS BREVES

A HIDALGO

Mil veces, Padre, en la nocturna calma,
Del encinar bajo la sombra fría,
O en los mares del Trópico, tu alma
Habló calladamente con la mía.
Y veces mil junto al rojizo fuego,
En la verde planicie y en el monte,
Como la sombra de Elphenor el griego
Te he visto descender del horizonte.
A mí te acercas: hasta el cuello sube
Tu ropaje talar, blanco y sencillo;
Con religioso sobresalto avanzo,
Asir la fimbria de tu veste alcanzo,
Y besando tu mano, me arrodillo.

¡No, Padre, no! La voluptuosa Musa
Que mis cantos eróticos inspira
Acobardada y trémula, rehusa
La pindárica lira.

Es ninfa alegre cuya breve planta
 Huella los myrthos y el laurel en Creta,
 Es parda alondra que amorosa canta
 En el balcón abierto de Julieta.
 Es la Musa del goce y de la vida;
 Su labio muja lúbrico falerno,
 No es la Musa robusta de los bravos
 Que apura, en las veladas del invierno,
 El áspero licor de los esclavos.

Déjala, pues, en su Tibur dormida,
 O vagar, agitando el áureo tirso,
 En la marmórea desnudez helena;
 Su voz, a los amores consagrada,
 Se eleva, como canto de sirena,
 A los jónicos ritmos ajustada.

De Atenas y Hermes el secreto ignoro
 ¡Pasa, Padre, de mí, tu cáliz de oro!

Yo sé bien que la excelsa poesía,
 Del encumbrado Olimpo guardadora,
 No ha prorrumpido en cantos seculares
 Dignos de resonar en tus altares:
 Dulces panales de estival colmena
 Son nuestros cantos, hálitos de flores;
 Y nuestra inspiración, vana o beoda,
 Sujeta siempre a femenil tarea,
 No sube a los espacios de la idea
 En las alas frementes de la Oda.

¡Aún aguardas tu epopeya augusta,
 Aún esperas el buril gigante
 Que ha de trazar tu gran bajo relieve
 En las cimas eternas de la nieve,
 Y rebusca hervoroso el mar de Atlante,
 Al bardo que traduzca sus rumores
 Y con ellos te cante!
 No te dimos piadosa sepultura
 En nuestros versos, cual a raudo Aquiles
 Pentélico sepulcro dió la Grecia;
 Tu sombra corre tras ignoto Homero,
 Como la sombra del gallardo arquero
 En las cumbres nevadas de la Helvecia.

Pequeños somos para empresa tanta:
 ¡A la intacta cerviz de los volcanes
 Sólo sube el condor, y al viejo Olimpo,
 Por escala de montes, los titanes!
 Nuestra Musa, pueril y desmedrada,
 La débil Musa del placer y el llanto,
 Blandir no puede la terrible espada,
La alta espada del canto.

Sólo un poeta púgil, vigoroso,
 De nuestras grandes luchas viejo Alcides
 Que la corona de silvestre olivo
 Ganó bizarro, presentar merece
 En forma escultural que no perece
 Tu espíritu gigante redivivo.
 Sólo él, Patriarca a cuya tienda acuden
 Dispersas tribus con filiales dones,

Puede pulsar la lira septicorde
 A cuyo noble y entusiasta acorde
 En tropel se levantan los tritones.
 Es el poeta, ¡oh Padre! es el primero:
 ¡Alma sonora de tu pueblo, Homero!
 Alce ya el canto secular y rompa
 En la cláusula ardiente de la guerra,
 Suene su voz como bronceína trompa
 Retumbando en las cuencas de la sierra.
 Infunda inspiración, vigor derrame,
 Haga hervir nuestra sangre generosa,
 Y los nobles espíritus inflame
 Desde la Cruz del Sur hasta la Osa.
 ¡Hiera, por fin, la tierra, el férreo paso
 De tu egregio Tirteo,
 Y piafe encabritándose Pegaso,
 Domado por Orfeo!

Nosotros, los efebos sonrientes,
 Llevaremos cantando a tus altares
 Los jonios myrthos y las rosas sueltas,
 Como iban las canéforas esbeltas
 A los templos olímpicos de Ares,

A UN AMIGO.

Mientras exhalen su lascivo aroma
 Los myrthos a Afrodita consagrados;
 Mientras espume generoso vino
 En áurea taza, y corra enardecida
 La sangre por mis venas-- ¡te lo juro!--
 No dejaré jamás que en ocio grato
 Repose el corazón. En vano quieres
 Que del templo de Venus me desvíe
 Y que a Hermes fecundo me consagre;
 Filtro invencible mi vigor enerva,
 Ajena voluntad mi pecho manda,
 Y pues dueño no soy de mi albedrío,
 Deja que en el retiro tiburiano
 Abra todos mis poros al deseo,
 Que yo, Felipe, como el gran pagano,
 ¡Amo la forma y en la forma creo!

No son perpetuas las fragantes rosas
 Ni es eterno el amor: pasan fugaces
 Los juveniles ímpetus; rendido
 Quedaré como púgil inexperto
 Que en los ístmicos juegos se fatiga,
 Y entonces, burla de la edad lozana,
 Hurtándome las Gracias sus favores,

Miraré cómo esquivan mi ventana,
 Con burlona sonrisa, los amores.
 En tanto, amigo, que nerviosos puedan
 Mis brazos apretar, y mis pupilas
 Tengan a ratos resplandor de acero
 Y malicia de víboras; en tanto
 Que mis ruegos atiendan favorables,
 Las Cintias, Lydias, o Gliceras, vano
 Tu consejo ha de ser: húmedo césped
 Tiende su alfombra en el retiro umbroso,
 El sol la sangre juvenil caldea,
 Zumban enamorados los insectos,
 Cisnes gallardos pensativos siguen
 Del lago azul en las dormidas linfas,
 Y, enfurecidos, a las blancas ninfas
 Los sátiros capripedos persiguen!

*
 * *
 *

¿A quién la palma de hermosura toca
 Sino a ti, la gentil ninfa hechicera,
 En cuya fresca y purpurina boca
 Nace el perfume y el amor espera?
 Buscan tus labios revolando leves
 Las abejas del ática: tu frente
 Es predilecta de las jónicas flores;

Alza, al copiarlo, erótico murmullo
 El arroyuelo que a tus pies resbala,
 Y de tu voz el celestial arrullo
 Al canto de las Piérides iguala.

De Apolo Smínteo las veloces flechas
 Puso el amor en tus serenos ojos;
 Atan las gracias tu virgínea zona,
 Nunca por mano de mortal tocada,
 Y Venus rubia envidia la corona
 Por tus trenzas negríssimas formada.

¡A ti la palma, a ti la copa de ónix
 Y el Eros de marfil; a ti las vidas!
 ¡A ti de Sycos las balantes greyes
 Y del Tirreno abismo los corales!
 ¡A ti mi corazón, oh joven reina
 Amada de los dioses inmortales!
 ¿Reina no eres? Tu celeste encanto
 Al propio Olimpo su poder extiende,
 Y de tus hombros torneados prende
 Un invisible y majestuoso manto!

¡Oh de la dicha casta iniciadora!
 ¡Aquí en mi corazón tu sien reclina!
 ¡Oh numen del amor! ¡joven divina!
 No partas en el carro de la Aurora!

A LYDIA.

¿A cuántos engañaron tus promesas,
Oh Circe habilidosa? ¿Cuántos, dime,
Tus rojos labios de coral mordieron?
¿Cuántos de tus burlados amadores
Como propicias víctimas murieron?
Yo sé que todo cuanto dices, Lydia,
Es calculada red engañadora,
Que no hubo en el mundo más perfidia,
Ni mar, cerúlea ninfa, más traidora.

Pero disfrute yo de tus halagos,
Y sienta de tu boca estremecida
La caliente humedad cuando me besas,
Y mientan en buena hora tus promesas,
Aunque me cueste el despertar, la vida.

A KÁMER.

Versos rotundos de belleza antigua
Quisiera para ti: la griega lengua
Sobria y hermosa, y juvenil y fuerte,
Como la Diana Cazadora, fuera

La única digna de cantar tu gracia;
Por eso embebecido te contemplo,
Y mi canción que tu beldad celebra,
Es como arroyo débil que se quiebra,
En las gradas de un templo!

En torno tuyo vagan los deseos,
Como abejas en torno de una rosa:
Tu mirada es el beso prometido,
Tu andar, es la cadencia silenciosa;
Cuando pasas, a labios y pupilas
En tumulto se asoman los amores
Para verte en silencio y admirarte,
Como al pasar el vencedor de Marte,
Salen los niños a arrojarle flores.

Y tú pasas ¡oh joven vencedora!
Terciado el arco en la marmórea espalda,
Mozos y viejos cantan tu hermosura
De pie sobre tu carro marfilino!
Mueven el aire sonoras palmas,
Y cuando llegas, cual si un Dios llegara,
Se arrodillan las almas.

Nada a tu gloria falta: ni poetas
Que halaguen blandamente tus oídos,
Ni el doliente gemir de los vencidos
Que a tu carro magnífico sujetas.



Jamás la forma que el poeta admira
Tuvo más noble encarnación humana,
Ni con blando compás y jonia lira
Te pudo enaltecer musa pagana.

Todo palpita en tu presencia, diosa;
No divides tu imperio con ninguna,
Y reinas en las almas por hermosa
Muy más que por sus dádivas, Fortuna.

¿Quién huye de tus dardos? Quién no quiere
Ser víctima en tus aras ofrecida?
¿Quién, a la muerte con tu amor, prefiere
Los efímeros goces de la vida?

Sed insaciable de hermosura lleva
Mi voluntad a tí; tu forma veo,
Y con espasmos de placer se abreva
En tu mórbido encanto mi deseo.

El alma entonces de placer expira,
La boca tiembla, el seno se levanta,
Tus ropas huyen...y la tierra gira
—¡Oh Venus inmortal!—bajo tu planta...

A UNA TIMIDA

Si no fuera tan breve
Esta que disfrutamos vida escasa,
Rogárate que en nieve
Trocara ese fuego que te abrasa.

Mas son los inmortales
Muy avaros del tiempo: nos lo miden
Y en partes desiguales
Para que alcance a todos, lo dividen.

Y como nadie sabe
Si parte larga o corta le concierne,
Por miedo de que acabe
Su vida, a los placeres la discierne.

Goza, pues, sin recelo,
De tu verde mañana, que premiosa,
Sin que lo estorbe el cielo,
Vendrá después la muerte sigilosa.

Tus ímpetus no acorte
El miedo de pasar por casquivana,
Pues el que más te exhorte,
Como los otros, morirá mañana.

¿Qué los plácemes valen
Ni las censuras agrias, si los hombres,

Aun los que sobresalen,
Viven un poco menos que sus nombres?

¿Ni cómo desconfías
De la bondad de Júpiter inmensa
Si, contados tus días
No puedes inferir eterna ofensa?

Por efímeros unos,
Por inmortales otros, su dictamen
Nunca hará que ningunos
Amantes, por seguirlo, no se amen.

Rabie iracundo el triste
Que sus favores disfrutar no puede:
Tú, vive cual viviste
Y al blando influjo de mi ruego cede.

¿Qué nos importa el necio
Cuya envidia, rugiendo, nos amaga?
Su cólera desprecio:
Prende, fulmina, y al brillar se apaga.

A los dioses no insulta
Nuestro cariño: nunca su fiereza
Con suspicacia abulta
De los míseros hombres la flaqueza.

Con espíritu bravo
Sigue, pues, el camino de tu gloria,
Y ata, diosa, otro esclavo
A tu fulgente carro de victoria.

*
*
*

Parad el vuelo, taciturnas horas,
Raudos venid, ¡oh goces no sentidos!
¡Aun el Falerno tiñe de escarlata
El cristal de las copas! Aun sostengo
La jonia lira de brillante plata,
Y de la esquiva juventud ingrata
¡La voladora túnica detengo!

Deshojemos los lirios. Todavía
El canto epitalámico resuena,
Escancia Ganimedes ambrosía
Y Cintia con sus brazos me encadena;
Sus párpados no entorna soñoliento
El ávido placer; fragantes rosas
Alfombran el marmóreo pavimento,
Y hay lechos de marfil para las diosas!
Deshojemos los lirios. Y mañana
Cuando llegue el invierno entumecido,
En sus pálidos brazos de lesbiana,
Encuéntreme sin fuerzas y dormido!

ULTIMA NECAT

¡Huyen los años como raudas naves!
¡rápidos huyen! Infecunda Parca
pálida espera. La salobre Estygia
calla dormida.

¡Voladores años!
¡Dado me fuera detener convulso,
horas fugaces, vuestra blanca veste!
Pasan las dichas y temblando llegan
mudos inviernos...

Las fragantes rosas
mustias se vuelcan, y el enhiesto cáliz
cae de la mano. Pensativa el alba
baja del monte. Los placeres todos
duermen rendidos...

En mis brazos flojos
Cintia descansa.

A UN TRISTE.

¿Por qué de amor la barca voladora
con ágil mano detener no quieres,
y esquivo menosprecias los placeres
de Venus, la impasible vencedora?

A no volver los años juveniles,
huyen como saetas disparadas
por mano de invisible Sagitario;
triste vejez, como ladrón nocturno,
sorpréndenos sin arma ni defensa,
y con la extremidad de su arma inmensa,
la copa del placer vuelca Saturno.

¡Aprovecha el minuto y el instante!
Hoy te ofrece rendida la hermosura
de sus hechizos el gentil tesoro,
y llamándote ufana en la espesura,
suelta Pomona sus cabellos de oro.

En la popa del barco empavesado
que navega veloz rumbo a Citeres,
de los amigos el clamor te nombra,
mientras, tendidas en la egipcia alfombra,
sus crótalos agitan las mujeres.

Deja, por fin, la solitaria playa,
y coronado de fragantes flores
descansa en la barquilla de las diosas!
¿Qué importa lo fugaz de los amores?
¡También expiran jóvenes las rosas!

A UNA ARTISTA

En vano busco la gentil guirnalda
 que a mi frente ciñeron los Amores:
 ¡El tiempo la agostó! Mas, a tenerla,
 súbito de mis manos la arrancara
 e hincando la rodilla temblorosa
 las flores de Corinto deshojara
 en tu ancha copa de marfil ¡oh diosa!
 ¡Oh predilecta del divino Orfeo!
 ¡Oh reina de las brisas que susurran
 en los délficos huertos! Para oírte
 interrumpen los dioses sus banquetes,
 calla suspenso el apolíneo coro,
 y tu canto nupcial, en lira de oro
 acompaña el gallardo Musagetes!
 ¿Quién a tu voz resiste, si encadenas
 con vínculos de amor el albedrío?
 Ulises para oír a las sirenas
 atábase en el mástil del navío.

A LYDIA

Lydia: de tus encantos juveniles
 Huyen los cautos: la ciprina diosa,
 Maestra en amansar las voluntades,
 En sus rodillas te alecciona astuta:
 Miras y vences; hablas y fascinas,
 Encubres tus intentos con cautela
 Y cuando al bosque, Lydia, te encaminas,
 Eros, en torno de tus hombros, vuela.
 Mas no permitan los prudentes dioses,
 Guardianes de mi suerte, que deponga
 Las armas en tu altar, porque tu ahinco
 Es hacer tributario mi deseo,
 Rendir mi voluntad, y ya logrado,
 Huir mis brazos en ligero brinco
 Dejándome convulso y desarmado.
 Lydia: porque ciñeran mi garganta
 Tus brazos tan flexibles como llenos;
 Y por sentir con labios y mejillas
 El ondular de tus calientes senos:
 Por estrecharte en la musgosa alfombra,
 Diera todo mi ser; pero contigo
 Marcha la astucia, como tetra sombra...
 Lydia, divina Lydia, no te sigo.

A DYONISOS

Nada mejor que el vino: Ya se apure
 En pobre taza de pulido barro,
 O ya lo escancie joven Ganimedes
 En áurea copa, a su poder supremo
 Huyen despavoridos los dolores;
 Venus propicia nuestra voz escucha,
 Y al clamor juvenil cediendo grata,
 Vencida al fin en amorosa lucha
 Las cintas de su túnica desata.
 No tracéis en el gran bajo-relieve
 Del templo secular, al buen Dionisos
 Con decrepito aspecto y luenga barba;
 Sus ojos el insomnio no sombrea,
 Ni con mirada turbia ve impasible
 La danza de las ninfas. Fuerte y joven
 Persigue a las traviesas hamadriadas,
 Retoza con las náyades esbeltas,
 Y Erígone gentil de trenzas sueltas
 Le concede sus gracias codiciadas.
 El ebrio que rojizo y mofletudo
 Anda con paso soñoliento y tardo,
 En nada se parece al dios gallardo
 Que juega con las ménades desnudo:
 Fresca la sangre por sus venas corre,

Húmedas rosas su cabeza ciñen,
 Y de las gracias en el núbil coro
 Sin áureo cetro ni flotantes ropas,
 De la cratera cincelada en oro
 Derrama el néctar en las hondas copas.
 Sus pisadas aligeras despiertan
 Al amor fatigado que dormita,
 Sus dedos cierran, con suave peso,
 Los párpados dolientes de la pena,
 Y si al triclínio se aproxima, suena
 En cada boca de mujer, un beso.
 ¡Oh, padre Anacreón, canta a Dionisos!
 Otros en honra del augusto Zeus,
 De Poseidón cerúleo y Afrodita
 El épodo triunfal canten sumisos;
 Tú que a los vates del placer presides,
 Celebra al dios de las jugosas vides:
 ¡Oh, padre Anacreón, canta a Dionisos!

PARA ENTONCES.

Quiero morir cuando decline el día,
 En alta mar y con la cara al cielo;
 donde parezca sueño la agonía,
 y el alma, un ave que remonta el vuelo.

No escuchar en los últimos instantes,
 ya con el cielo y con el mar a solas,
 más voces ni plegarias sollozantes
 que el majestuoso tumbó de las olas.

Morir cuando la luz, triste retira
 sus redes áureas de la onda verde,
 y ser cómo ese sol que lento expira:
 algo muy luminoso que se pierde.

Morir, y joven: antes que destruya
 el tiempo aleve la gentil corona;
 cuando la vida dice aún: soy tuya,
 aunque sepamos bien que nos traiciona!

1887.

ONDAS MUERTAS.

A LUIS MEDRANO.

En la sombra debajo de tierra
 donde nunca llegó la mirada,
 se deslizan en curso infinito
 silenciosas corrientes de agua.
 Las primeras, al fin, sorprendidas,
 por el hierro que rocas taladra,
 en inmenso penacho de espumas
 hervorosas y límpidas saltan.
 Mas las otras, en densa tiniebla,
 retorciéndose siempre resbalan,
 sin hallar la salida que buscan,
 a perpetuo correr condenadas.

A la mar se encaminan los ríos,
 y en su espejo movable de plata,
 van copiando los astros del cielo
 o los pálidos tintes del alba:
 ellos tienen cendales de flores,
 en su seno las ninfas se bañan,

fecundizan los fértiles valles,
 y sus ondas son de agua que canta.
 En la fuente de mármoles niveos,
 juguetona y traviesa es el agua,
 como niña que en regio palacio
 sus collares de perlas desgrana;
 ya cual flecha bruñida se eleva,
 ya en abierto abanico se alza,
 de diamantes salpica las hojas
 o se duerme cantando en voz baja.

En el mar soberano las olas
 los peñascos abruptos asaltan:
 al moverse, la tierra conmueven
 y en tumulto los cielos escalan.
 Allí es vida y es fuerza invencible,
 allí es reina colérica el agua,
 como igual con los cielos combate
 y con dioses y monstruos batalla.

¡Cuán distinta la negra corriente
 a perpetua prisión condenada,
 la que vive debajo de tierra
 do ni yertos cadáveres bajan!
 La que nunca la luz ha sentido,
 la que nunca solloza ni canta,
 esa muda que nadie conoce,
 esa ciega que tienen esclava!

Como ella, de nadie sabidas,
 como ella, de sombras cercadas,
 sois vosotras también, las obscuras
 silenciosas corrientes de mi alma.
 ¿Quién jamás conoció vuestro curso?
 ¡Nadie a veros benévolo baja!
 Y muy hondo, muy hondo se extienden
 vuestras olas cautivas que callan!
 Y si paso os abrieran, saldríais,
 como chorro bullente de agua,
 que en columna rabiosa de espuma
 sobre pinos y cedros se alza!
 Pero nunca jamás, prisioneras,
 sentiréis de la luz la mirada:
 seguid siempre rodando en la sombra,
 silenciosas corrientes del alma!

1887.

TO BE.

¡Inmenso abismo es el dolor humano!
 ¿Quién vió jamás su tenebroso fondo?
 Aplicad el oído a la abra obscura
 De los pasados tiempos. . . .

Dentro cae

Lágrima eterna!

A las inermes bocas
Que en otra edad movió la vida nuestra
Acercaos curiosos....

¡Un gemido
Sale temblando de los blancos huesos!
La vida es el dolor. Y es vida oscura,
Pero vida también la del sepulcro.
La materia disyecta se disuelve;
El espíritu eterno, la substancia,
No cesa de sufrir. En vano fuera
Esgrimir el acero del suicida,
El suicidio es inútil! Cambia el modo,
El ser indestructible continúa!

¡En ti somos, Dolor, en ti vivimos!
La suprema ambición de cuanto existe
Es perderse en la nada, aniquilarse,
Dormir sin sueños!....

¡Y la vida sigue
Tras las heladas lindes de la tumba!
No hay muerte! En vano la llamáis a voces,
Almas sin esperanza! Proveedora
De seres que padezcan, la implacable,
A otro mundo nos lleva. ¡No hay descanso!
Queremos reposar un solo instante
Y una voz en la sombra dice: ¡Anda!
Sí: ¡la vida es el mal! Pero la vida
No concluye jamás. El dios que crea,
Es un esclavo de otro dios terrible
Que se llama el Dolor. Y no se harta
El inmortal Saturno! ¡Y el espacio,

El vivero de soles, lo infinito,
Son la cárcel inmensa, sin salida,
De almas que sufren y morir no pueden!
¡Oh, Saturno inflexible, al fin acaba,
Devora lo creado y rumia luego,
Ya que inmortales somos, nuestras vidas!
Somos tuyos, Dolor, tuyos por siempre!
Mas perdona a los seres que no existen
Sino en tu mente que estimula el hambre....
¡Perdón, oh Dios, perdón para la nada!
Sáciate ya. ¡Que la matriz eterna,
Engendradora del linaje humano,
Se torne estéril.... que la vida pase....
¡Y rueda el mundo cual planeta muerto
Por los mares sin olas del vacío!

1886.

MIS ENLUTADAS

Descienden taciturnas las tristezas
Al fondo de mi alma,
Y entumecidas, haraposas brujas,
Con uñas negras
Mi vida escarban.

De sangre es el color de sus pupilas,
De nieve son sus lágrimas:

Hondo pavor infunden... yo las amo
 Por ser las solas
 Que me acompañan.

Aguárdolas ansioso, si el trabajo
 De ellas me separa,
 Y búscalas en medio del bullicio,
 Y son constantes,
 Y nunca tardan.

En las fiestas, a ratos se me pierden
 O se ponen la máscara,
 Pero luego las hallo, y así dicen:
 —¡Ven con nosotras!
 ¡Vamos a casa!

Suelen dejarme cuando sonriendo
 Mis pobres esperanzas
 Como enfermitas, ya convalecientes,
 Salen alegres
 A la ventana.

Corridas huyen, pero vuelven luego
 Y por la puerta falsa
 Entran trayendo como nuevo huésped
 Alguna triste,
 Lívida hermana.

Ábrese a recibirlas la infinita
 Tiniebla de mi alma,
 Y van prendiendo en ella mis recuerdos
 Cual tristes cirios
 De cera pálida.

Entre esas luces, rígido, tendido,
 Mi espíritu descansa;
 Y las tristezas, revolando en torno,
 Lentas salmodias
 Rezan y cantan.

Escudriñan del húmedo aposento
 Rincones y covachas,
 El escondrijo do guardé cuitado
 Todas mis culpas,
 Todas mis faltas.

Y urgando mudas, como hambrientas lobas,
 Las encuentran, las sacan,
 Y volviendo a mi lecho mortuario
 Me las enseñan
 Y dicen: habla.

En lo profundo de mi ser bucean,
 Pescadoras de lágrimas,

Y vuelven mudas con las negras conchas
 En donde brillan
 Gotas heladas.

A veces me revuelvo contra ellas
 Y las muerdo con rabia,
 Como la niña desvalida y mártir
 Muerde a la harpía
 Que la maltrata.

Pero en seguida, viéndose impotente,
 Mi cólera se aplaca,
 ¡Qué culpa tienen, pobres hijas mías,
 Si yo las hice
 Con sangre y alma?

Venid, tristezas de pupila turbia,
 Venid, mis enlutadas,
 Las que viajáis por la infinita sombra,
 Donde está todo
 Lo que se ama.

Vosotras no engañáis: venid, tristezas,
 ¡Oh mis criaturas blancas
 Abandonadas por la madre impía,
 Tan embustera:
 Por la esperanzal

Venid y habládme de las cosas idas,
 De las tumbas que callan,
 De muertos buenos y de ingratos vivos...
 Voy con vosotras,
 Vamos a casa.

1890.

LAS ALMAS HUERFANAS.

A IGNACIO M. LUCHICHI.

I

En las noches de insomnio medroso,
 En el lecho, ya extinta mi lámpara,
 Por la sombra, cual niño extraviado
 Que no encuentra, y la busca, su casa,
 Va llorando, pidiendo socorro,
 Por la sombra infinita mi alma.
 Desconozco los sitios que cruzo;
 Yo no he visto jamás esas caras;
 Tienen ojos y a mí no me miran;
 Tienen labios y a mí no me hablan.
 ¡Qué ciudad tan hermosa y tan grande!
 ¡Cuánta gente por calles y plazas!
 ¡Cómo corre hervorosa la turba
 Y atropella, derriba y aplasta!

Ennegrece los aires el humo
 Que en columnas despiden las fábricas.
 ¡Qué suntuosos palacios! ¡qué luces!
 Y las torres ¡qué altas! ¡qué altas!
 Y estoy solo, y a nadie conozco,
 Oigo hablar, y no sé lo que hablan,
 Si pregunto, no entienden y siguen. . .
 ¡Oh mi padres! ¡mi casa! ¡mi casa!

¿Será sueño? ¿Fué cierto que tuve
 Un hogar, la casita callada,
 Tan alegre, tan fresca por fuera
 Y por dentro tan pura, tan santa?
 El balcón, siempre abierto de día
 Y cruzado por mística palma,
 A la luz semejava decirle:
 Aquí hay dicha y virtud: pasa, pasa.
 De mi padre el cabello muy blanco
 Y los muros color de esas canas,
 En los tiestos muy frescas las rosas
 Y de rosa vestida mi alma.
 ¡Qué bien sabe, entre risas, la cena!
 En el lecho albeaban las sábanas
 Y allí el sueño y el beso materno
 Y el tranquilo esperar la mañana!

¿Cómo fué? Yo salí con alguno. . .
 La viviente, brutal marejada
 Me arrastró. . . volví luego los ojos
 Y estoy solo. . . ¡mi casa! ¡mi casa!

¡Pobre espíritu, débil, perdido
 Entre gente egoísta y extraña!
 ¡Pobre ciego que cruzas tocando
 Tristes cosas de amor en tu arpa!
 Ya no sigas pidiendo limosna,
 Ya no tiendas tus manos heladas,
 Ya no cantes, que nadie te escucha,
 Y en la tierra por siempre descansa.
 Estoy solo, en tinieblas:—¡Dios mío!
 ¡Todo mudo!—¡Mi Dios! ¡Todo calla!
 ¿También tú, de los huérfanos padre,
 Te quedaste, señor, en mi casa?
 Habrá un Dios para estas ciudades;
 Pero no es aquel Dios de mi alma,
 No me oye, no entiende mi lengua,
 Y también apartándome pasa.
 ¿Qué, soy otro? ¿Ya no me conoces?
 ¿Tal mi cuerpo cambió la desgracia?
 ¡Ah: tú no eres el bueno, ni el mío,
 Falso Dios de las gentes extrañas!

Poco a poco la sombra poblaron
 En tropel invadiendo mi estancia
 Seres mudos: tan sólo se oía
 El rumor de sus trémulas alas.
 Y después, cual si todos unidos
 Consiguieran ligar la palabra,
 Que dispersa en brevísimas plumas
 De sonidos deshechos volaba,
 Tenue canto de súbito alzarón,

Como el ramo despide fragancia,
 Como se une la luz de los cirios
 En el gran candelabro de plata,
 Y juntando en el aire sus haces
 Claridades intensas derrama.
 Hubo luz en mi noche sombría,
 No era, no, la maldita mi alma;
 Sollozaba en la noche, errabunda,
 Como triste molécula humana,
 Como parte doliente del Todo
 Que anda a tientas buscando su casa.
 Y las vi, sí, las ví, soñadoras...
 ¡Eran ellas, mis buenas hermanas,
 Las que abrieron los ojos en cunas
 Por el padre ya muerto enlutadas,
 Y de aquella que dióles la vida
 ¡Sólo vieron las últimas lágrimas!
 Las que deja el Destino en el torno
 Como expósitas tristes; las blancas
 Criaturas que el vicio abandona,
 Y, viniendo de noble prosapia,
 Sienten luego crecer los impulsos
 Que guardó el atavismo en su raza.
 Son las hijas de padres muy ricos
 Que en miseria dejó la desgracia.
 Volar quieren, y tientan convulsas
 El lugar do tuvieron las alas.
 Lloro más, lloro más, pena mía,
 Por las otras: no estás solitaria!

En la sombra lo blanco decía:
 ¡Oh mis padres! ¡mis padres! ¡mi casa!

II

Tú, poeta de pálido rostro,
 El de húmeda y verde mirada,
 Cual teñida con gotas de absintio,
 ¿Qué pedistes a Dios?—Esperanza.—
 A tu lado, Mimí, juguetera;
 La mantilla andaluza flotaba,
 Y en sus góndolas áureas salían
 Deslumbrantes los *Cuentos de Italia*.
 Apurando la copa de ajeno
 ¿Qué pediste?—¡Esperanza! ¡Esperanza!—

Ese es el filósofo austero;
 Veces mil por la angosta ventana,
 Por la ojiva del templo, le vieron
 De rodillas las luces del alba;
 Mas tocaron clarines de guerra,
 Convocó la Verdad a batalla
 Y la fe de aquel pecho creyente
 Se alejó como ave asustada.
 Quiso al templo volver; ¡pero en vano!
 A Jesús busca siempre; le ama,
 Como se ama la rosa marchita
 Que de amores pasados nos habla;
 Con amor de recuerdo, muy triste,
 Como luz vacilante de lámpara,

Con ternura de hijo que besa
 Un retrato, un rosario, una lápida.
 Labró en mármol la hermosa capilla
 Donde yace el Jesús de su infancia,
 Y quisiera decirle: ¡En ti creo!
 Sé mi Dios y levántate y anda!
 Pero el Cristo ¡qué exangüe! Sus ojos
 ¡Qué apagados! Su frente ¡qué pálida!
 Ya no tiene más sangre su cuerpo
 Para dar fuerza nueva a esa alma:
 Pide al arte el filósofo austero
 Una fresca, mullida almohada,
 Duerme a veces y grita en el sueño:
 ¡Oh mis padres! ¡mis padres! ¡mi casa!

Y tú, italo de tétrico aspecto,
 Amador de la musa pagana,
 Tú, nacido a gozar como Ovidio
 En el coro gentil de las gracias,
 Y clavado, infeliz Prometeo,
 En la cruz, para pasto de águilas;
 Tú, que en torno a tu roca no viste
 Las piadosas oceánides blancas,
 ¿Qué dijiste a la vida, poeta?
 —Te aborresco por dura y por mala.
 ¡Oh fortuna! Por dicha no engendro.
 ¡No te ayudo!—¿Qué pides?—¡La nada!

Mas también ¡oh, poeta! sentías
 De otra luz, de otra fe la nostalgia;
 Eras tú para Grecia; en las naves

De la Chipre riente soñabas,
 En las rosas de Jonia; en las ninfas
 Que desnudas riendo besaban;
 En los dioses que fueron tan bellos,
 En lo vivo que ahora es estatua,
 Y también sollozando decías:
 ¡Oh mis dioses, mi Atenas, mi patria!

Como arcángel de negra armadura;
 Retorcida, fulmínea la espada,
 Gladiador en el suelo caído,
 No de frente, no inerme, de espalda,
 Endereza su busto apolíneo
 Apoyado en la mano que sangra
 El cantor de la ira, y osado
 Con el cielo impasible se encara.
 La blasfemia forceja en su boca,
 Es de acero su aguda mirada
 Que a cruzarse tal vez con el rayo
 En certera actitud se prepara.
 Ha caído, la tierra quemóle
 Como bruja infernal una planta,
 Mientras gráciles, leves reían
 En alígera tropa las hadas.
 Ha caído: ¿Qué pide?—La muerte,
 El selvático potro que arrastra
 A Mazzeppa infeliz en la selva,
 Para huir entre espumas de rabia;
 El barranco, el torrente, la tumba,
 ¡El puñal de Manfredo! ¡Venganza!

Busca a Dios: no lo encuentra; iracundo
 Llama al Diablo: tampoco le halla;
 Y agoniza, diciendo a clamores:
 ¡Oh Luzbell! ¡Oh mi dios, oh mi raza!

Y tú mismo, poeta marmóreo,
 El olímpico, augusto monarca
 De las quietas regiones en donde
 Se disfruta el placer, no se ama;
 Tú, feliz por amado, y no amante,
 De las rubias muy rubias, muy blancas:
 —¡Luz! más luz! moribundo decías
 Al entrar en la sombra de tu alma.

¡Ay! es cierto que todos decimos
 Como Rückert: ¡Dadme alas! Dadme alas!

III

¡Oh Destino! La lluvia humedece
 En verano la tierra tostada;
 En las rocas abruptas retozan,
 Su frescor esparciendo las aguas;
 Pero el hombre de sed agoniza,
 Y sollozan las huérfanas almas:
 ¿Quién nos trajo? ¿De dónde venimos?
 ¿Dónde está nuestro hogar, nuestra casa?

DESPUES.....

¡Sombra, la sombra sin orillas, esa
 Que no ve, que no acaba....
 La sombra en que se ahogan los luceros....
 Esa es la que busco para mi alma!
 Esa sombra es mi madre, buena madre,
 Pobre madre enlutada!
 Esa me deja que en su seno lllore
 Y nunca de su seno me rechaza....
 ¡Dejadme ir con ella, amigos míos,
 Es mi madre, es mi patria!

*
* *

¿Qué mar me arroja? ¿De qué abismo vengo?
 ¿Qué tremenda borrasca
 Con mi vida jugó? ¿Qué ola clemente
 Me ha dejado en la playa?
 ¿En qué desierto suena mi alarido?
 ¿En qué noche infinita va mi alma?
 ¿Por qué, prófugo, huyó mi pensamiento?
 ¿Quién se fué? ¿Quién me llama?
 ¡Todo sombra! ¡Mejor! ¡Que nadie mire!
 ¡Estoy desnudo! ¡Ya no tengo nada!

* * *

Poco a poco rasgando la tiniebla,
 Como puntas de dagas,
 Asoman en mi mente los recuerdos
 Y oigo voces confusas que me hablan.
 No sé a qué mar cayeron mis ideas....
 Con las olas luchaban....
 ¡Yo ví cómo convulsas se acogían
 A las flotantes tablas!

La noche era muy negra.... el mar muy hondo
 ¡Y se ahogaban.... se ahogaban!
 ¿Cuántas murieron? ¿Cuántas regresaron
 Náufragos desvalidos, a la playa?
 ... ¡Sombra, la sombra sin orillas, esa,
 Esa es la que busco para mi alma!

* * *

Muy alto era el peñón cortado a pico,
 Sí, muy alto, muy alto!
 Agua iracunda hervía
 En el obscuro fondo del barranco.
 ¿Quién me arrojó? Yo estaba en esa cumbre....
 ¡Y ahora estoy abajo!
 Cai, como la roca descuajada
 Por titánico brazo.
 Fuí águila tal vez y tuve alas....
 ¡Ya me las arrancaron!
 Busco mi sangre, pero sólo miro
 Agua negra brotando;

Y vivo, sí, mas con la vida inmóvil
 Del abrupto peñasco....
 ¡Cae sobre mí, sacúdeme, torrente!
 ¡Fúndeme con tu fuego, ardiente rayo!
 ¡Quiero ser onda y desgarrar mi espuma
 En las piedras del tajo....
 Correr.... correr.... al fin de la carrera
 Perderme en la extensión del Oceano.

* * *

El templo colosal, de nave inmensa,
 Está mudo y sombrío;
 Sin flores el altar, negro, muy negro;
 ¡Apagados los cirios!
 Señor, ¿en dónde estás? ¡Te busco en vano.
 ¿En dónde estás, oh Cristo?
 ¡Te llamo con pavor porque estoy solo,
 Como llama a su padre el pobre niño!...
 ¡Y nadie en el altar! ¡Nadie en la nave!
 ¡Todo en tiniebla sepulcral hundido!
 ¡Habla! ¡Que suene el órgano! ¡Que vea
 En el desnudo altar arder los cirios!...
 ¡Ya me ahogo en la sombra.... ya me ahogo!
 ¡Resucita, Dios mío!

* * *

¡Una luz! ¡Un relámpago!.. ¡Fué acaso
 Que despertó una lámpara!
 ¡Ya miro, sí! ¡Ya miro que estoy solo!...
 ¡Ya puedo ver mi alma!

Ya ví que de la cruz te desclavaste
 Y que en la cruz no hay nada....
 Como esa son las cruces de los muertos ...
 Los pomos de las dagas....
 ¡Y es puñal, sí, porque su hoja aguda
 En mi pecho se encaja!
 Ya ardieron de repente mis recuerdos,
 Ya brillaron las velas apagadas...
 Vuelven al coro tétricos los monjes
 Y vestidos de luto se adelantan...
 Traen un cadáver... rezan... ¡oh Dios mío,
 Todos los cirios con tu soplo apaga!...
 ¡Sombra, la sombra sin orillas, esa,
 Esa es la que busco para mi alma!

1889.

PAX ANIMÆ.

DESPUES DE LEER A DOS POETAS.

¡Ni una palabra de dolor blasfemo!
 Sé altivo, sé gallardo en la caída,
 ¡Y ve, poeta, con desdén supremo
 Todas las injusticias de la vida!
 No busques la constancia en los amores,
 No pidas nada eterno a los mortales,

Y haz, artista, con todos tus dolores
 Excelsos monumentos sepulcrales.

En mármol blanco tus estatuas labra,
 Castas en la actitud, aunque desnudas,
 Y que duerma en sus labios la palabra...
 Y se muestren muy tristes... ¡pero mudas!

¡El nombre!... ¡Débil vibración sonora
 Que dura apenas un instante! ¡El nombre!...
 ¡Idolo torpe que el iluso adora!
 ¡Última y triste vanidad del hombre!

¿A qué pedir justicia ni clemencia
 —Si las niegan los propios compañeros—
 A la glacial y muda indiferencia
 De los desconocidos venideros?

¿A qué pedir la compasión tardía
 De los extraños que la sombra esconde?
 ¡Duermen los ecos en la selva umbría
 Y nadie, nadie a nuestra voz responde!

En esta vida el único consuelo
 Es acordarse de las horas bellas,
 Y alzar los ojos para ver el cielo...
 Cuando el cielo está azul o tiene estrellas.

Huir del mar y en el dormido lago
 Disfrutar de las ondas el reposo...
 Dormir... soñar... el Sueño, nuestro mago,
 ¡Es un sublime y santo mentiroso!

... ¡Ay! Es verdad que en el honrado pecho
Pide venganza la reciente herida...
Pero... ¡perdona el mal que te hayan hecho!
¡Todos están enfermos de la vida!

Los mismos que de flores se coronan
Para el dolor, para la muerte nacen...
Si los que tú más amas te traicionan
¡Perdónalos, no saben lo que hacen!

Acaso esos instintos heredaron,
Y son los inconscientes vengadores.
De razas o de estirpes que pasaron
Acumulando todos los rencores.

¿Eres acaso el juez? ¿El impecable?
¿Tú la justicia y la piedad reúnes?
... ¿Quién no es fugitivo responsable
De alguno o muchos crímenes impunes?

¿Quién no ha mentido amor y ha profanado
De una alma virgen el sagrario agosto?
¿Quién está cierto de no haber matado?
¿Quién puede ser el justiciero, el justo?

¡Lástimas y perdón para los vivos!
Y así, de amor y mansedumbre llenos,
Seremos cariñosos, compasivos...
¡Y alguna vez, acaso, acaso buenos!

¿Padeces? Busca a la gentil amante,
A la impasible e inmortal belleza,

vé apoyado, como Lear errante,
a tu joven Cordelia: la tristeza.

Mira: se aleja perezoso el día...
qué bueno es descansar! El bosque obscuro
nos arrulla con lánguida armonía...
El agua es virgen. El ambiente es puro.

La luz, cansada, sus pupilas cierra;
nos escuchan melancólicos rumores,
y la noche, al bajar, dice a la tierra:
¡Vamos... ya está... ya duérmete... no llores!

.....
Recordar...Perdornar...Haber amado...
haber dichoso un instante, haber creído...
y luego...reclinarse fatigado
sobre el hombro de nieve del olvido.

Sentir eternamente la ternura
que en nuestros pechos jóvenes palpita,
y recibir, si llega, la ventura,
como a hermosa que viene de visita.

Siempre escondido lo que más amamos:
siempre en los labios el perdón risueño;
hasta que al fin, ¡oh tierra! a ti vayamos
dentro de la invencible lasitud del sueño!

Esa ha de ser la vida del que piensa
en lo fugaz de todo lo que mira,
y se detiene, sabio, ante la inmensa
tensión de tus mares, ¡oh Mentira!

Corta las flores, mientras haya flores,
 Perdona las espinas a las rosas...
 ¡También se van y vuelan los dolores
 Como turbas de negras mariposas!

Ama y perdona. Con valor resiste
 Lo injusto, lo villano, lo cobarde...
 ¡Hermosamente pensativa y triste
 Está al caer la silenciosa tarde!

.....

Quando el dolor mi espíritu sombrea
 Busco en las cimas claridad y calma,
 ¡Y una infinita compasión albea
 En las heladas cumbres de mi alma!

1890.

NON OMNIS MORIAR

¡No moriré del todo, amiga mía!
 De mi ondulante espíritu disperso,
 Algo en la urna diáfana del verso,
 Piadosa guardará la poesía.

¡No moriré del todo! Cuando herido
 Caiga a los golpes del dolor humano,